



PEDAGOGÍA IGNACIANA

PEDAGOGÍA IGNACIANA

Un planteamiento práctico

(1993)

PRÓLOGO

La publicación, en 1986, de *Características de la Educación de la Compañía de Jesús* despertó un renovado interés entre profesores, directivos, estudiantes, padres y otras personas. Les dio un sentido de identidad y de dirección. El documento, traducido a 13 lenguas, ha sido el tema central de seminarios, reuniones y estudio. Las reacciones han sido abrumadoramente positivas.

Una pregunta venía formulándose últimamente en varias partes del mundo. ¿Cómo podemos hacer más utilizables para los profesores los principios y orientaciones de las *Características*? ¿Cómo se pueden incorporar los ideales ignacianos a una pedagogía práctica que promueva la interacción diaria de la clase entre profesores y alumnos?

El Consejo Internacional de la Educación, S.J. (ICAJE) ha trabajado durante más de tres años para dar una respuesta a esta pregunta. Con la ayuda de aportaciones y sugerencias de educadores laicos y jesuitas de todo el mundo, se redactaron siete borradores de este escrito, que nos informa acerca del Paradigma Pedagógico Ignaciano. Pero ya desde el principio estábamos convencidos de que un documento no podría por sí mismo ayudar a los profesores a realizar las adaptaciones que la educación ignaciana exige respecto al enfoque pedagógico y los métodos de enseñanza. Los miembros del Consejo Internacional están convencidos de que, para poder llevar a la práctica el Paradigma Pedagógico Ignaciano, juegan un papel esencial los programas de preparación del profesorado en cada Provincia y en cada centro. Los profesores necesitan mucho más que una presentación cognoscitiva del Paradigma. Precisan un adiestramiento práctico que les motive y capacite para reflexionar sobre la experiencia de una utilización cómoda y eficaz de estos nuevos métodos. Por esta razón, ICAJE ha trabajado desde el principio en este proyecto para ayudar a los profesores.

El Proyecto Pedagógico Ignaciano incluye:

1. un documento introductorio sobre el Paradigma Pedagógico Ignaciano, como desarrollo práctico de las «*Características*»; y
2. un programa de preparación del profesorado a nivel regional, provincial y local. Los programas de preparación del profesorado deberían durar de tres a cuatro años en orden lograr una progresiva capacitación y familiarización con los enfoques pedagógicos ignacianos.

Con el objeto de hacer efectivo el proyecto de introducir los programas de preparación del profesorado en los colegios, varios grupos de diversas provincias están estudiando el Paradigma Pedagógico Ignaciano y adiestrándose en el uso de los métodos de enseñanza correspondientes. Todo este proceso se inició en una reunión internacional celebrada en Villa Cavalletti, junto a Roma, del 20 al 30 de abril. Se invitó a seis educadores de cada continente (unos 40 en total, procedentes de 26 naciones) a capacitarse, es decir, a conocer, practicar y dominar algunos de los métodos pedagógicos más relevantes. Estas personas están a su vez preparando seminarios de adiestramiento para los equipos de sus respectivas zonas geográficas, los cuales podrán también iniciar, en los colegios, programas de preparación del profesorado.

Sin la ayuda del equipo de adiestramiento de Villa Cavalletti y sin la generosidad de los participantes de aquel grupo de trabajo, no sería posible hacer llegar gradualmente a nuestros profesores el Proyecto Pedagógico Ignaciano. Estoy muy agradecido a todos ellos por ponerse verdaderamente al servicio de la educación de la Compañía universal.

Debo un agradecimiento especial a los miembros de la Comisión Internacional para el Apostolado Educativo de la Compañía (ICAJE), que tan asiduamente han trabajado a lo largo de tres años — redactando siete borradores de este documento introductorio y elaborando los procesos pedagógicos que recogen las bases del Proyecto Pedagógico Ignaciano. Los miembros de ICAJE representan la experiencia y los puntos de vista de las partes más distantes del mundo: PP. Agustín Alonso (Europa), Anthony Berridge (África y Madagascar), Charles Costello (Norte América), Daven Day (Asia Oriental), Gregory Naik (Asia Meridional) y Pablo Sada (América Latina).

Agradezco de antemano a los Provinciales, sus Delegados de Educación, profesores, directivos, miembros de juntas de gobierno. Su apoyo y colaboración, en este esfuerzo global por renovar nuestro apostolado, es crucial.

Finalmente, quiero hacer constar la generosa ayuda económica recibida de tres fundaciones que desean permanecer anónimas. Su participación en este esfuerzo es un notable ejemplo del interés y colaboración que caracterizan la comunidad educativa de la Compañía.

VINCENT J. DUMINUCO, S.J.
Secretario de Educación de la Compañía de Jesús

NOTAS INTRODUCTORIAS

1. Este documento es un desarrollo de la última parte de las Características de la Educación de la Compañía de Jesús, y responde a las numerosas solicitudes recibidas en orden a formular una pedagogía práctica que sea coherente con dicho texto y transmita eficazmente la visión del mundo y los valores ignacianos propuestos en él. Es esencial, por consiguiente, que lo dicho aquí se entienda como formando parte del espíritu e impulso apostólico ignaciano fundamental que aparece en las Características de la Educación de la Compañía de Jesús.

2. El sistema pedagógico de la Compañía de Jesús se ha debatido durante siglos en numerosos libros y trabajos de investigación. En este documento vamos a tratar solamente algunos aspectos de esta pedagogía que sirvan de introducción a una estrategia práctica sobre la enseñanza. El Paradigma Pedagógico Ignaciano que aquí se propone nos ayudará a unificar y concretar muchos de los principios enunciados en las Características de la Educación de la Compañía de Jesús.

3. Es obvio que resulta imposible hoy presentar un currículum universal para las escuelas o colegios jesuitas, semejante al propuesto en la original Ratio Studiorum. Sin embargo, sí parece importante y congruente con la tradición de la Compañía, formular una pedagogía organizada sistemáticamente cuya substancia y métodos ayuden expresamente a captar la misión educativa contemporánea de los jesuitas. La responsabilidad de hacer las adaptaciones culturales se realiza mejor a nivel regional o local. Parece más apropiado formular hoy con carácter universal un Paradigma Pedagógico Ignaciano que pueda ayudar a profesores y alumnos a enfocar su trabajo de tal manera que sea sólidamente académico y a la vez formador de «hombres para los demás».

4. El paradigma pedagógico propuesto aquí comporta un estilo y unos procesos didácticos particulares. Más que añadir cursos específicos viene a situar el tratamiento de los valores y el crecimiento personal dentro del currículum existente. Creemos que tal planteamiento es preferible no sólo porque es más realista, teniendo en cuenta los planes ya sobresaturados que existen en la mayoría de las instituciones educativas, sino porque este modo de proceder es más eficaz para ayudar a los estudiantes a captar internamente y actuar de acuerdo con los valores ignacianos propuestos en las Características de la Educación de la Compañía de Jesús.

5. Llamamos a este documento Pedagogía Ignaciana no sólo porque se dirige a la educación formal, a través de las escuelas, los colegios y las universidades de la Compañía, sino porque puede ser útil también a otras formas de educación que, de una forma u otra, están inspiradas en la experiencia de San Ignacio, recopilada en los Ejercicios Espirituales, en la cuarta parte de las Constituciones de la Compañía de Jesús, y en la Ratio Studiorum.

6. La Pedagogía Ignaciana está inspirada en la fe. Pero incluso aquellos que no comparten esta fe pueden hallar expectativas válidas en este documento, ya que la pedagogía que se inspira en San Ignacio es profundamente humana y consecuentemente universal.

7. La pedagogía ignaciana desde sus comienzos ha sido ecléctica en la selección de métodos de enseñanza y aprendizaje. El mismo Ignacio de Loyola adoptó el «modus Parisiensis», sistema pedagógico empleado en la Universidad de París de su época. Este método se fue enriqueciendo con un conjunto de principios pedagógicos que él previamente había desarrollado al aplicar los Ejercicios Espirituales. Naturalmente, en el siglo XVI los jesuitas carecían de los métodos formales, científicamente comprobados, que se proponen hoy día, por ejemplo, en la psicología pedagógica. La atención individual prestada a cada alumno hizo a estos profesores jesuitas sensibles a todo lo que podía ser útil para el aprendizaje y la madurez humana. Compartieron sus descubrimientos en numerosas partes del mundo, y verificaron la validez universal de sus métodos pedagógicos. Estos métodos se decantaron en la Ratio Studiorum, un código de educación liberal que llegó a convertirse en norma para todos sus colegios. (Ofrecemos una breve descripción de algunos de estos métodos en el Apéndice II).

8. A través de los siglos se han ido integrando en la pedagogía de la Compañía un buen número de métodos específicos, desarrollados más científicamente por otros educadores, en la medida en que ayudaban a los fines de la educación de la Compañía. Una característica constante de la pedagogía ignaciana es la continua incorporación sistemática de aquellos métodos, tomados de diversas fuentes, que pueden contribuir mejor a la formación integral, intelectual, social, moral y religiosa de la persona.

9. Este documento es sólo una parte de un proyecto más amplio de renovación, encaminado a presentar la pedagogía ignaciana por medio de la comprensión y práctica de aquellos métodos que sean apropiados para lograr el fin de la educación de la Compañía. Consiguientemente este texto debe ir acompañado de programas prácticos de capacitación personal que ayuden a los profesores a asimilar y manejar cómodamente un sistema de enseñar y aprender el Paradigma Pedagógico Ignaciano, y otros métodos específicos que faciliten su uso. Para asegurar este objetivo, se pretende preparar a educadores laicos y jesuitas de todos los continentes, para que sean capaces de dirigir programas de preparación del profesorado.

10. El Proyecto Pedagógico Ignaciano se dirige en primer lugar a los profesores, porque en el trato de éstos con sus alumnos en el proceso de aprendizaje, es donde verdaderamente pueden realizarse las metas y objetivos de la educación de la Compañía. Cómo se relaciona el profesor con sus discípulos, cómo concibe el aprendizaje, cómo moviliza a sus alumnos en la búsqueda de la verdad, qué es lo que espera de ellos, la integridad e ideales del profesor; todos estos elementos tienen enormes efectos formativos en el desarrollo del estudiante. El P. Kolvenbach subraya el hecho de que «San Ignacio coloca claramente el ejemplo personal del profesor por delante de su ciencia o su oratoria, como un medio apostólico para ayudar al alumno a crecer en los valores positivos» (Cfr. Apéndice 2, 142). Ya se entiende que, en los colegios, los directivos, los miembros de las juntas de gobierno, el personal y otros miembros de la comunidad escolar desempeñan también funciones clave, indispensables para la creación de un ambiente y procesos de aprendizaje capaces de favorecer los objetivos de la pedagogía ignaciana. Es importante darles también parte en el proyecto.

PEDAGOGÍA IGNACIANA

La pedagogía es el camino por el que los profesores acompañan a los alumnos en su crecimiento y desarrollo. La pedagogía, arte y ciencia de enseñar, no puede reducirse simplemente a una metodología; debe incluir una perspectiva del mundo y una visión de la persona humana ideal que se pretende formar. Y esto configura el objetivo y el fin hacia el que se dirigen los diversos aspectos de una tradición educativa. Proporciona también los criterios para elegir los recursos que han de usarse en el proceso de la educación. La visión del mundo y el ideal de la educación de la Compañía en nuestro tiempo se han expuesto en las Características de la Educación de la Compañía de Jesús. La Pedagogía Ignaciana asume esta visión del mundo y da un paso más sugiriendo modos más explícitos por los que los valores ignacianos pueden integrarse en el proceso de enseñanza y aprendizaje.

1. El objetivo de la Educación de la Compañía de Jesús

¿Cuál es nuestro objetivo? Las Características de la Educación de la Compañía de Jesús nos ofrece una descripción que ha sido ampliada por el P. General Peter-Hans Kolvenbach:

«La promoción del desarrollo intelectual de cada estudiante, para completar los talentos recibidos de Dios, sigue siendo con razón un objetivo destacado de la educación de la Compañía. Su finalidad sin embargo, no ha sido nunca acumular simplemente cantidades de información o incluso preparación para una profesión, aunque estas sean importantes en si mismas y útiles para que surjan líderes cristianos. El objetivo último de la educación de la Compañía es, más bien, el crecimiento global de la persona que lleva a la acción, acción inspirada por el Espíritu y la presencia de Jesucristo, el hijo de Dios, el “Hombre para los demás”. Este objetivo orientado a la acción está basado en una comprensión reflexiva y vivificada por la contemplación, e insta a los alumnos al dominio de si y a la iniciativa, integridad y exactitud. Al mismo tiempo discierne las formas de pensar fáciles y superficiales indignas del individuo, y sobre todo peligrosas para el mundo al que ellos y ellas están llamados a servir».

El P. Arrupe resumió esto definiendo nuestro objetivo educativo como «La formación de hombres y mujeres para los demás». El P. Kolvenbach ha descrito al alumno que esperamos salga de nuestros Centros como una persona «equilibrada, intelectualmente competente, abierto al crecimiento, religioso, compasivo y comprometido con la justicia en el servicio generoso al pueblo de Dios». Y afirma también nuestro objetivo cuando dice «pretendemos formar líderes en el servicio y en la imitación de Cristo Jesús, hombres y mujeres competentes, conscientes y comprometidos en la compasión».

Tal objetivo requiere una total y profunda formación de la persona humana, un proceso educativo de formación que intenta la excelencia; un esfuerzo de superación para desarrollar las propias potencialidades, que integra lo intelectual, lo académico y todo lo demás. Trata de lograr una excelencia humana cuyo modelo es el Cristo del Evangelio, una excelencia que refleje el misterio y la realidad de la encarnación, que respete la dignidad de todas las gentes y la santidad de toda la creación. Hay bastantes ejemplos en la historia de una excelencia educativa concebida estrechamente, de personas muy avanzadas desde el punto de vista intelectual, que al mismo tiempo permanecen sin un adecuado desarrollo emocional, e inmaduras moralmente. Hemos empezado a darnos cuenta de que la educación no siempre humaniza o cristianiza a las personas y a la sociedad. Estamos perdiendo la fe en la ingenua idea de que toda educación, con independencia de su calidad, empeño o finalidad, conduce a la virtud. Vemos cada vez más claro, por consiguiente, que si deseamos que nuestra educación tenga un influjo ético en la sociedad, debemos lograr que el proceso educativo se desarrolle tanto en un plano moral como intelectual. No queremos un programa de indoctrinación que sofoque el espíritu; ni tampoco tratamos de organizar cursos teóricos especulativos y ajenos a la realidad. Lo que se necesita es un marco de referencia para investigar el modo de afrontar los problemas significativos y los complejos valores de la vida.

2. Hacia una Pedagogía por la Fe y la Justicia

Los jóvenes deberían sentirse libres para seguir el camino que les permita crecer y desarrollarse como seres humanos. Nuestro mundo, sin embargo, tiende a ver el objetivo de la educación en términos excesivamente utilitarios. El énfasis exagerado en el éxito económico puede contribuir a extremar la competitividad y la obsesión por el propio yo. Como resultado, aquello que es humano en una materia específica o asignatura, pasa inadvertido a la conciencia del alumno. Y esto puede llegar a oscurecer fácilmente los verdaderos valores y objetivos de una educación humanística. Para evitar tal distorsión, los profesores de los colegios de la Compañía tratan de presentar los temas académicos desde una perspectiva humana, poniendo el énfasis en descubrir y analizar las estructuras, relaciones, hechos, cuestiones, intuiciones, conclusiones, problemas, soluciones e implicaciones que, en cada disciplina concreta, sacan a la luz lo que significa ser persona. La educación, por consiguiente, debe llegar a ser una investigación cuidadosamente razonada a través de la cual los alumnos forman o reforman sus actitudes habituales hacia los demás y hacia el mundo.

Desde el punto de vista cristiano, el modelo de la vida humana —y por consiguiente el ideal del individuo educado humanamente— es la persona de Jesús. Jesús nos enseña con su palabra y ejemplo que la realización de nuestra plena capacidad humana se logra en definitiva, por nuestra unión con Dios, una unión que se busca y se alcanza en la relación amorosa, justa y compasiva con nuestros hermanos. El amor de Dios, entonces, encuentra su verdadera expresión en nuestro diario amor al prójimo, en nuestro cuidado compasivo de los pobres y los que sufren, en nuestra preocupación profundamente humana por los demás como pueblo de Dios. Es un amor que da testimonio de fe y se expresa a través de la acción en favor de una nueva comunidad de justicia, amor y paz.

La misión de la Compañía de Jesús hoy, como orden religiosa dentro de la Iglesia Católica, es «el servicio de la fe, de la que la promoción de la justicia es un elemento esencial». Es una misión enraizada en la creencia de que un mundo nuevo de justicia, amor y paz necesita personas formadas en la competencia profesional, en la responsabilidad y en la compasión; hombres y mujeres que estén preparados para acoger y promover todo lo realmente humano, que estén comprometidos en el trabajo por la libertad y dignidad de todos los pueblos, y tengan voluntad de hacerlo así en cooperación con otros igualmente dedicados a modificar la sociedad y sus estructuras. Se precisan personas de amplitud de recursos y positiva capacidad de reacción en orden a renovar nuestros sistemas sociales, económicos y políticos de tal manera que fomenten y defiendan nuestra humanidad común, y promuevan gente liberada para entregarse generosamente al amor y cuidado de los demás. Necesitamos personas, educadas en la fe y la justicia, que tengan la convicción poderosa y siempre creciente de que pueden llegar a ser defensores eficaces, agentes y modelos de la justicia, del amor y de la paz de Dios, en y más allá de las oportunidades ordinarias de la vida y el trabajo diario.

Consecuentemente, la educación en la fe y a favor de la justicia comienza por el respeto a la libertad, al derecho y la capacidad de los individuos y de los grupos humanos para crear una vida diferente para sí mismos. Esto significa ayudar a los jóvenes a comprometerse en el sacrificio y la alegría de compartir sus vidas con otros. Y sobre todo ayudarles a descubrir que lo que realmente deben ofrecer, es lo que ellos mismos son, más que lo que tienen. Significa enseñarles que su mayor riqueza es comprender a otras personas. Significa acompañarles en su propio camino hacia un mayor conocimiento, libertad y amor.

Por tanto, la educación en los colegios de la Compañía pretende transformar el modo como la juventud se ve a sí misma y a los demás, a los sistemas sociales y a sus estructuras, al conjunto de la humanidad y a toda la creación natural. Nuestra educación, cuando realmente consigue su objetivo, conduce en definitiva a una transformación radical, no sólo de la forma ordinaria de pensar y actuar, sino de la misma forma de entender la vida, como hombres y mujeres competentes, conscientes y compasivos, que buscan el «mayor bien» a través del compromiso con la fe y la justicia, para mejorar la calidad de vida de los hombres, especialmente de los pobres de Dios, los oprimidos y abandonados.

Para lograr nuestro objetivo como educadores de los colegios de la Compañía necesitamos una pedagogía que se esfuerce en formar «hombres y mujeres para los demás», en un mundo postmoderno donde están actuando fuerzas contrarias a este objetivo 2. Sin embargo, en muchos sitios, la administración pública pone límites a los programas educativos, y la preparación del profesorado se realiza con una pedagogía que, aparte de transmitir conocimientos y destrezas, no promueve realmente la actividad del alumno en el aprendizaje, ni fomenta el crecimiento en calidad humana, o la formación en la fe y en los valores como dimensiones integrales del proceso formativo. Esta sería la situación real a la que hemos de enfrentarnos muchos de nosotros, profesores o directivos de los colegios de la Compañía. Se nos plantea un complejo desafío apostólico al emprender cada día la misión de ganar para la fe a las nuevas generaciones jóvenes, de acompañarles en su camino hacia la verdad, de ayudarles a trabajar por un mundo más justo, lleno de la compasión de Cristo.

¿Cómo podemos hacer esto? Desde la publicación en 1986 de las *Características de la Educación de la Compañía de Jesús*, ha surgido una pregunta común a profesores y directores de nuestros colegios ante las realidades del mundo de hoy: ¿Cómo podemos lograr lo que se nos propone en ese documento, la formación de jóvenes para ser «hombres y mujeres para los demás»? Es necesario que la respuesta sea relevante para culturas muy diversas; sea útil para situaciones diferentes; aplicable a varias disciplinas; atractiva para múltiples estilos y preferencias. Y sobre todo que hable a los profesores al mismo tiempo de la realidad y del ideal de la enseñanza. Todo esto ha de hacerse además con especial atención a ese amor preferencial por los pobres que caracteriza la misión de la Iglesia hoy. Es un reto difícil que no podemos olvidar porque afecta al núcleo de lo que es el apostolado de la educación de la Compañía. La solución no es simplemente exigir a nuestros profesores y directivos una mayor dedicación. Lo que necesitamos más bien es un modelo práctico para saber cómo hemos de proceder en orden a promover los objetivos de la educación de la Compañía, un paradigma que clarifique el proceso de enseñanza-aprendizaje, que aborde la relación profesor-alumno, y que tenga un carácter práctico y aplicable a la clase.

El primer decreto de la Congregación General 33 de la Compañía, Compañeros de Jesús enviados al mundo de hoy, anima a los jesuitas a un constante discernimiento apostólico sobre sus ministerios, tanto tradicionales como nuevos. Recomendamos que tal revisión preste atención a la Palabra de Dios y esté inspirada en la tradición ignaciana. Además, que dé paso a una transformación de las maneras habituales de pensar por medio de una constante interrelación de experiencia, reflexión y acción 3. Es aquí donde encontramos el esquema de un modelo capaz de lograr que las Características de la Educación de la Compañía de Jesús se hagan vida en nuestros colegios de hoy, a través de un modo de proceder profundamente coherente con nuestro objetivo de la educación y totalmente en línea con la misión de la Compañía de Jesús. Vamos a considerar por tanto un paradigma ignaciano que da prioridad a la interacción constante de Experiencia, Reflexión y Acción.

3. Pedagogía de los Ejercicios Espirituales

Una característica distintiva del paradigma de la pedagogía ignaciana es que, si se entiende a luz de los Ejercicios Espirituales de San Ignacio, no sólo es una descripción adecuada de la continua interacción de experiencia, reflexión y acción del proceso de enseñanza-aprendizaje, sino también una descripción ideal de la interrelación dinámica del profesor y el alumno en el camino de este último hacia la madurez del conocimiento y de la libertad.

Los Ejercicios Espirituales de San Ignacio son un pequeño libro que nunca fue concebido para ser leído como un libro cualquiera. Su intención era más bien la de señalar una manera de proceder para guiar a otros a través de experiencias de oración, —en las que ellos mismos podrían encontrar al Dios vivo y convertirse a Él—, para llegar a confrontarse honestamente con sus auténticos valores y creencias, y poder así tomar decisiones libres y conscientes sobre el futuro de sus vidas. Los Ejercicios Espirituales, cuidadosamente estructurados y descritos en el pequeño manual de San Ignacio, no están concebidos para ser meras actividades cognoscitivas o prácticas devotas. Por el contrario, son ejercicios rigurosos del espíritu, que comprometen íntegramente al cuerpo, a la mente, al corazón y al alma de la persona humana. Consiguientemente, ofrecen no sólo temas de meditación sino también realidades para la contemplación, escenas para la imaginación, sentimientos que deben evaluarse, posibilidades que hay que explorar, opciones que considerar, alternativas que sopesar, juicios que formular y elecciones que hacer, en orden a un objetivo global único, ayudar a los individuos a «buscar y hallar la voluntad divina en la disposición de su vida».

Una dinámica fundamental de los Ejercicios Espirituales de San Ignacio es la continua llamada a reflexionar y orar sobre el conjunto de toda la experiencia personal, y poder discernir a dónde nos lleva el Espíritu de Dios. Ignacio exige la reflexión sobre la experiencia humana como medio indispensable para discernir su validez, porque sin una reflexión prudente es muy posible la mera ilusión engañosa, y sin una consideración atenta, el significado de la experiencia individual puede ser devaluado o trivializado. Sólo después de una reflexión adecuada de la experiencia, y de una interiorización del significado y las implicaciones de lo que uno estudia, se puede acceder libre y confiadamente a una elección correcta de los modos de proceder, que favorezcan el desarrollo total de uno mismo como ser humano. Por tanto, la reflexión constituye para Ignacio el punto central del paso de la experiencia a la acción; tanto es así, que confía al director o guía de las personas que hacen los Ejercicios Espirituales, la responsabilidad primordial de ayudarles en el proceso de la reflexión.

Para Ignacio, la dinámica vital de los Ejercicios Espirituales es el encuentro del individuo con el Espíritu de la Verdad. No es sorprendente, por tanto, que encontremos en sus principios y orientaciones para guiar a otros en el proceso de los Ejercicios Espirituales, una perfecta descripción de la actitud pedagógica del profesor como persona, cuyo trabajo no es meramente informar sino ayudar al estudiante en su proceso hacia la verdad. Para usar con éxito el Paradigma Pedagógico Ignaciano, los profesores deben ser conscientes de su propia experiencia, actitudes, opiniones; atentos a no imponer sus propias ideas a los estudiantes. (Cfr. párrafo 111)

FIGURA I.—Paradigma Ignaciano y relación Profesor-Alumno

4. Relación profesor-discípulo

Aplicando pues el paradigma ignaciano de la educación de la Compañía a la relación profesor-alumno, la función primordial del profesor es facilitar una relación progresiva del alumno con la verdad, especialmente en las materias concretas que, con su ayuda, está estudiando. Él creará las condiciones, pondrá los fundamentos, proporcionará las oportunidades para que el alumno pueda llevar a cabo una continua interrelación de Experiencia, Reflexión y Acción.

Comenzando por la Experiencia, el profesor crea las condiciones para que los estudiantes traten de captar y recordar los contenidos de su propia experiencia y seleccionen lo que consideren relevante, para el tema de que se trata, sobre hechos, sentimientos, valores, introspecciones e intuiciones. Después, el profesor orienta al estudiante en la asimilación de la nueva información y experiencia de tal forma que su conocimiento progrese en amplitud y verdad. El profesor pone las bases para que el alumno «aprenda cómo aprender», implicándole en las destrezas y técnicas de la Reflexión. Hay que poner en juego la memoria, el entendimiento, la imaginación y los sentimientos para captar el significado y valor esencial de lo que se está estudiando, para descubrir su relación con otros aspectos del conocimiento y la actividad humana, para apreciar sus implicaciones en la búsqueda continua de la verdad. La reflexión debe ser un proceso formativo y libre que modele la conciencia de los estudiantes, —sus actitudes habituales, sus valores y creencias, así como sus formas de pensar—, de tal manera que se sientan impulsados a pasar del conocimiento a la Acción. Consiguientemente el papel del profesor es asegurar que haya oportunidades de desarrollar la imaginación, y ejercitar la voluntad de los alumnos para elegir la mejor línea de actuación que se deduzca de lo aprendido y sea su seguimiento. Lo que ellos van a realizar, por tanto, bajo la dirección del profesor, si bien no podrá transformar inmediatamente el mundo entero en una comunidad de justicia, paz y amor, podrá al menos constituir un pequeño progreso educativo en esa dirección y hacia ese objetivo, aunque sólo sea por el hecho de proporcionar nuevas experiencias, ulteriores reflexiones, y acciones coherentes con la materia considerada.

La continua interrelación de Experiencia, Reflexión y Acción, en la dinámica de la enseñanza-aprendizaje de la clase, se sitúa en el corazón mismo de la pedagogía ignaciana. Nuestro modo propio de proceder en los colegios de la Compañía consiste en acompañar a los alumnos en el camino de llegar a ser personas maduras. Es un paradigma pedagógico ignaciano que cada uno de nosotros puede aplicar en las materias que enseña y en los programas que imparte, sabiendo que hemos de adaptarlo a nuestras propias situaciones específicas.

5. El Paradigma Ignaciano

El paradigma ignaciano de experiencia, reflexión, acción, sugiere una multitud de caminos en los que los profesores podrían acompañar a sus alumnos y facilitarles el aprendizaje y la madurez, a través del encuentro con la verdad y el sentido de la vida. Es un paradigma que puede proporcionar respuestas muy adecuadas a los problemas educativos a los que nos enfrentamos hoy, y posee la capacidad intrínseca de avanzar más allá de lo meramente teórico y llegar a ser un instrumento práctico y eficaz en orden a realizar cambios en el modo como enseñamos y como nuestros alumnos aprenden. El modelo de experiencia, reflexión y acción no es solamente una idea interesante, digna de un diálogo serio, ni una mera propuesta intrigante para provocar largos debates. Es más bien un paradigma ignaciano educativo, nuevo y a la vez familiar; un modo de proceder que todos nosotros podemos adoptar confiadamente en nuestra tarea de ayudar a los alumnos en su verdadero desarrollo como personas competentes, conscientes y sensibles a la compasión.

FIGURA 2.—Paradigma Ignaciano

Una característica decisivamente importante del paradigma ignaciano es la introducción de la reflexión como dinámica esencial. Durante siglos, se ha considerado que la educación consistía en una acumulación de conocimientos adquiridos mediante lecciones y comprobaciones 5. La enseñanza seguía un modelo primitivo de comunicación en el que la información se transmitía y el conocimiento se trasladaba del profesor al alumno. Los estudiantes recibían un tema claramente presentado y enteramente explicado, y el profesor les pedía a cambio la acción de demostrar, frecuentemente recitando de memoria, que habían asimilado lo que les había comunicado. A pesar de que la investigación de las dos décadas pasadas ha demostrado una y otra vez, estudio tras estudio, que el aprendizaje eficaz tiene lugar en la interacción del alumno con la experiencia, sin embargo gran parte de la enseñanza que aún se imparte continúa limitada a un modelo educativo de dos pasos: Experiencia □ Acción en el cual el profesor juega un papel mucho más activo que el alumno. Es el modelo, frecuentemente adoptado, cuyo objetivo pedagógico primordial es el desarrollo de la capacidad de memorización por parte de los alumnos. Sin embargo como modelo de enseñanza para la educación de la Compañía de Jesús, es muy deficiente por dos razones:

1. En los colegios de la Compañía se pretende que la experiencia del aprendizaje conduzca, más allá del estudio memorístico, al desarrollo de las habilidades de aprendizaje más complejas, de la comprensión, la aplicación, el análisis, la síntesis y la evaluación.
2. Pero si la enseñanza terminara aquí, no sería ignaciana. Le faltaría el componente de la Reflexión, en virtud de la cual se impulsa a los alumnos a considerar el significado y la importancia humana de lo que están estudiando, y a integrar responsablemente ese significado, para ir madurando como personas competentes, conscientes y sensibles a la compasión.

6. Dinámica del Paradigma

La comprensión del Paradigma Pedagógico Ignaciano debe considerar tanto el contexto del aprendizaje como el proceso más explícitamente pedagógico. Además, deberá señalar los modos de fomentar la apertura al crecimiento, incluso después de que el alumno haya concluido un determinado ciclo de estudios. Se consideran por tanto cinco pasos: Contexto, Experiencia, Reflexión, Acción y Evaluación

A) El Contexto del aprendizaje

Ignacio, antes de comenzar el acompañamiento de alguna persona en los Ejercicios Espirituales, deseaba conocer siempre sus predisposiciones hacia la oración y hacia Dios. Se dio cuenta de lo importante que era para una persona estar abierta a los movimientos del Espíritu, si es que quería conseguir algún fruto del proceso espiritual que se disponía a iniciar. Y basado en este conocimiento previo, Ignacio se hacía una idea de su aptitud para comenzar la experiencia; y de si la persona podía sacar provecho de los Ejercicios completos o sería preferible una experiencia abreviada.

En los Ejercicios Espirituales Ignacio hace hincapié en que la experiencia del ejercitante siempre ha de dar forma y contexto a los ejercicios que está realizando. Sin embargo, será responsabilidad del director, no sólo seleccionar aquellos ejercicios que parecen más valiosos y convenientes, sino modificarlos y ajustarlos para hacerlos más directamente aplicables al ejercitante. Ignacio anima al director de los Ejercicios a conocer tan cercana y previamente como sea posible la vida del ejercitante, para ser capaz de ayudarle mejor a discernir los movimientos del Espíritu, durante el tiempo del retiro.

De la misma manera, la atención personal y la preocupación por el individuo, que es un distintivo de la educación de la Compañía, requiere que el profesor conozca cuanto sea posible y conveniente de la vida del alumno. Y como la experiencia humana, punto de partida de la pedagogía ignaciana, nunca ocurre en el vacío, debemos conocer todo lo que podamos del contexto concreto en el que tiene lugar el enseñar y el aprender. Como profesores, por consiguiente, necesitamos entender el mundo del estudiante, incluyendo las formas en las que la familia, amigos, compañeros, la subcultura juvenil y sus costumbres, así como las presiones sociales, la vida escolar, la política, la economía, la religión, los medios de comunicación, el arte, la música, y otras realidades, están impactando ese mundo y afectan al estudiante para bien o para mal. De vez en cuando deberíamos trabajar seriamente con nuestros alumnos para que reflexionaran sobre las realidades contextuales de nuestros dos mundos. ¿Qué fuerzas son las que influyen en ellos? ¿Cómo experimentan que esas fuerzas están marcando sus actitudes, valores, creencias, y modelando sus percepciones, juicios y elecciones? Y las realidades del mundo, ¿cómo afectan a su misma forma de aprender y le ayudan a moldear sus estructuras habituales de pensamiento y acción? ¿Qué pasos prácticos están dispuestos a dar en orden a conseguir una mayor libertad y control de su futuro?

Para que surja una verdadera y auténtica relación entre profesores y alumnos, se requiere confianza y respeto, actitudes que se alimentan de una continua experiencia del otro como genuino compañero de aprendizaje. Significa, también, ser profundamente conscientes y estar atentos al ambiente institucional del colegio. Como profesores y directivos, hay que estar atentos al complejo y a menudo sutil mundo de normas, comportamientos y relaciones que producen el clima educativo.

El aprecio, el respeto y el servicio deberían reflejar la relación que existe no sólo entre profesores y alumnos sino entre todos los miembros de la comunidad escolar. Como ideal, los colegios de la Compañía han de ser lugares donde cada uno se sienta comprendido, considerado y atendido; donde los talentos naturales y la capacidad creativa de las personas sean reconocidos y alabados; donde a todos se les trate con justicia y equidad; donde sea normal el sacrificio en favor de los económicamente pobres, los marginados sociales, y los menos dotados intelectualmente; donde cada uno de nosotros encuentre el reto, el ánimo y la ayuda necesaria para desarrollar al máximo nuestras potencialidades individuales; donde nos ayudemos unos a otros y trabajemos juntos con entusiasmo y generosidad, esforzándonos en visibilizar concretamente, en palabras y obras, los ideales que propugnamos para nuestros alumnos y para nosotros mismos.

Los profesores y los demás miembros de la comunidad educativa deberían, en consecuencia, tener en cuenta:

- a) El contexto real de la vida del alumno que incluye su familia, los compañeros, las situaciones sociales, la misma institución educativa, la política, la economía, el clima cultural, la situación eclesial, los medios de comunicación, la música y otras realidades. Todo esto tiene un impacto positivo o negativo en el estudiante. De vez en cuando será útil e importante animar a los alumnos a reflexionar sobre la experiencia de su entorno, y cómo éste afecta a sus actitudes, sus modos de captar la realidad, sus opiniones y sus preferencias. Esto será especialmente útil cuando los alumnos estén tratando temas que probablemente van a provocarles intensos sentimientos.
- b) El contexto socio-económico, político y cultural dentro del cual se mueve un alumno puede afectar seriamente a su crecimiento como «hombre para los demás». Por ejemplo, una cultura de pobreza endémica afecta negativamente, en general, a las expectativas de éxito escolar; los regímenes políticos opresivos bloquean aquellos cuestionamientos que pueden poner en peligro sus ideologías dominantes. Estos y otros muchos factores pueden restringir la libertad, que tanto desea promover la pedagogía ignaciana.

- c) El ambiente institucional del colegio o centro educativo, es decir, todo el complejo y a menudo sutil conjunto de normas, expectativas, y especialmente de relaciones, que crean el clima de la vida escolar. Recientes estudios sobre las escuelas católicas destacan la importancia de un ambiente positivo en la escuela. En el pasado, las mejoras de la educación religiosa y los valores se han promovido a base de implantar nuevos programas, medios audiovisuales y buenos libros de texto. Todas estas mejoras consiguen ciertos resultados. Pero en general logran mucho menos de lo que prometen. Los resultados de una reciente investigación indican que el ambiente general del colegio puede muy bien ser la condición previa y necesaria para que una educación en valores pueda incluso llegar a comenzar, y pone de relieve la necesidad de prestar mucha más atención al ambiente o clima escolar en el que está teniendo lugar el desarrollo moral y la formación religiosa del adolescente. Concretamente, la preocupación por una enseñanza de calidad, la verdad, el respeto a los demás a pesar de las diferencias de opinión, la cercanía, el perdón y algunas manifestaciones claras de la creencia de la Institución en lo Trascendente, suelen caracterizar a los ambientes escolares que intentan lograr un desarrollo integral humano. Un colegio de la Compañía debe ser una comunidad de fe, en la que prevalezca una auténtica relación personal entre profesores y alumnos. Sin esa relación se perdería prácticamente gran parte de nuestra genuina fuerza educativa, ya que la verdadera relación de confianza y amistad entre profesores y alumnos es necesaria como condición indispensable para avanzar de alguna manera en el compromiso con los valores. Por consiguiente la «*alumnorum cura personalis*», es decir, el amor auténtico y la atención personal a cada uno de nuestros estudiantes, es esencial para crear un ambiente que promueva el paradigma pedagógico ignaciano propuesto.
- d) Los conceptos previamente adquiridos que los alumnos traen consigo al comienzo del proceso de aprendizaje. Sus puntos de vista y los conceptos que pueden haber adquirido en aprendizajes anteriores, o haber captado espontáneamente de su ambiente cultural, así como los sentimientos, actitudes y valores que tienen respecto a la materia que van a estudiar, todo ello forma parte del contexto real de la enseñanza.

B) La Experiencia

Para Ignacio significaba «gustar de las cosas internamente». En primer lugar esto requiere conocer hechos, conceptos y principios. Exige que uno sea sensible a las connotaciones y matices de las palabras y a los acontecimientos, que analice y valore las ideas, que razone. Sólo con una exacta comprensión de lo que se está considerando se puede llegar a una valoración acertada de su significado. Pero la experiencia ignaciana va más allá de la comprensión puramente intelectual. Ignacio exige que «todo el hombre», —mente, corazón y voluntad—, se implique en la experiencia educativa. Anima a utilizar tanto la experiencia, la imaginación y los sentimientos, como el entendimiento. Las dimensiones afectivas del ser humano han de quedar tan implicadas como las cognitivas, porque si el sentimiento interno no se une al conocimiento intelectual, el aprendizaje no moverá a una persona a la acción. Por ejemplo, una cosa es saber que Dios es Padre. Pero para que esta verdad sea vida y llegue a ser efectiva, Ignacio nos hará sentir la ternura con la que el Padre de Jesús nos ama y cuida de nosotros, perdonándonos. Y esa experiencia más profunda puede hacernos caer en la cuenta de que Dios comparte su amor con todos los hermanos y hermanas de la gran familia humana. En lo profundo de nuestro ser podremos sentirnos impulsados a preocuparnos de los demás, —de sus alegrías y sus penas, sus esperanzas, sus pruebas, de su pobreza y la injusticia que padecen— y a querer hacer algo por ellos. Aquí están implicados el corazón y la cabeza, la persona en su totalidad.

Por tanto, usamos el término Experiencia para describir cualquier actividad en la que, junto a un acercamiento cognoscitivo a la realidad de que se trata, el alumno percibe un sentimiento de naturaleza afectiva. En cualquier experiencia, el alumno percibe los datos cognitivamente. A fuerza de preguntarse, imaginar e investigar sus elementos y relaciones, el alumno estructura los datos en una hipótesis. «¿Qué es esto? ¿Se parece a lo que ya conozco? ¿Cómo funciona?» Y sin mediar una elección deliberada surge ya la reacción afectiva espontánea, por ejemplo: «Me gusta... Me da miedo... No me van este tipo de cosas... Es interesante... Me aburro...»

Al presentar nuevas lecciones, el profesor puede percibir con frecuencia cómo los sentimientos de los alumnos les están ayudando a crecer. Es raro que un alumno experimente algo novedoso en el estudio y no lo relacione con lo que previamente conoce. Los recientes hechos, ideas, puntos de vista, o teorías, suponen casi siempre un desafío a lo que el alumno sabe sobre el tema. Esto implica un crecimiento, una comprensión más plena, que pueden modificar o cambiar los conocimientos que uno creía poseer ya satisfactoriamente. La confrontación de un nuevo conocimiento con lo que uno ya sabe, especialmente cuando lo nuevo no encaja exactamente con lo conocido, no puede limitarse simplemente a la memorización o asimilación pasiva de datos adicionales. El alumno se inquieta al darse cuenta de que no entiende las cosas plenamente. Y esto le empuja a realizar nuevos intentos para comprender mejor —análisis, comparaciones, contrastes, síntesis, evaluación—, todo tipo de actividades mentales y psicomotrices, en las que los estudiantes están atentos a captar la realidad más profundamente.

La experiencia humana puede ser directa o indirecta:

- Directa: Una cosa es leer en el periódico que un huracán ha arrasado las ciudades costeras de tal o cual lugar del mundo. Se conocen quizás los hechos: la velocidad del viento, la dirección, el número de víctimas mortales y heridos, la extensión y localización de los daños materiales. Pero ese conocimiento meramente intelectual, puede dejar al lector distante y frío respecto a las dimensiones humanas de la tormenta. Es muy diferente estar a la intemperie cuando sopla el viento, y uno siente la fuerza de la tormenta y el peligro inmediato que corre su vida, su hogar, y todas sus posesiones, y siente el miedo en sus entrañas porque teme por su vida y la de sus vecinos mientras el silbido del viento le ensordece. Es claro en este ejemplo que la experiencia directa generalmente es más fuerte y afecta más a la persona. En el contexto académico la experiencia directa suele ocurrir en las relaciones interpersonales tales como conversaciones o debates, hallazgos de laboratorio, trabajos de campo, prácticas de servicio social, u otras cosas semejantes.
- Indirecta: En los estudios la experiencia directa no es siempre posible. El aprendizaje se consigue con frecuencia a través de experiencias indirectas, leyendo o escuchando una lectura. Con el fin de que los alumnos se impliquen en una experiencia de aprendizaje humanamente más profunda, los profesores deben afrontar el reto de estimular la imaginación y el uso de los sentidos de sus alumnos, precisamente para hacerles capaces de penetrar más a fondo en la realidad objeto de estudio. Será necesario enriquecer el contexto histórico, las implicaciones temporales de aquello que se está estudiando, así como los factores culturales, sociales, políticos y económicos que en su época hayan afectado a la vida de la gente. Las simulaciones, las representaciones, el uso de materiales audiovisuales y otras cosas semejantes, pueden servir de gran ayuda para ello.

En las fases iniciales de la experiencia, sea directa o indirecta, los alumnos perciben simultáneamente los hechos y sus respuestas afectivas. Pero sólo estructurando estos datos pueden captar la experiencia en su integridad, respondiendo a preguntas como: «¿Qué es esto?» y «¿Cuál es mi reacción?». Por eso los alumnos necesitan estar atentos y activos para lograr la percepción y la inteligencia de las realidades humanas que les cuestionan.

C) *La Reflexión*

A lo largo de su vida Ignacio se dio cuenta de que él estuvo constantemente sometido a diferentes mociones y atracciones, alternativas contradictorias casi siempre. Su mayor esfuerzo fue tratar de descubrir lo que le movía en cada situación, el impulso que le conducía al bien o el que le inclinaba al mal, el deseo de servir a otros o la preocupación por su propia afirmación egoísta. Se convirtió en el maestro del discernimiento, y continúa siéndolo hoy, porque logró distinguir esa diferencia. Para Ignacio «discernir» era clarificar su motivación interna, las razones que estaban detrás de sus opiniones, poner en cuestión las causas e implicaciones de lo que experimentaba, sopesar las posibles opciones y valorarlas a la luz de sus probables consecuencias, para lograr el objetivo pretendido: ser una persona libre que busca, encuentra y lleva a cabo la voluntad de Dios en cada situación.

En este nivel de la Reflexión, la memoria, el entendimiento, la imaginación y los sentimientos se utilizan para captar el significado y el valor esencial de lo que se está estudiando, para descubrir su relación con otros aspectos del conocimiento y la actividad humana, y para apreciar sus implicaciones en la búsqueda continua de la verdad y la libertad. Esta Reflexión es un proceso formativo y liberador. Forma la conciencia de los alumnos (sus creencias, valores, actitudes y su misma forma de pensar) de tal manera que les impulsa a ir más allá del puro conocer y pasar a la acción.

Con el término reflexión queremos expresar la consideración seria y ponderada de un determinado tema, experiencia, idea, propósito o reacción espontánea, en orden a captar su significado más profundo. Por tanto, la reflexión es el proceso por el cual se saca a la superficie el sentido de la experiencia:

- Cuando se entiende con mayor claridad la verdad que se está estudiando. Por ejemplo: «¿Qué es lo que se está presuponiendo en esa teoría del átomo, en tal exposición de la historia de los pueblos indígenas, en este análisis estadístico? ¿Son válidos los resultados? ¿Son honestos? ¿Es posible partir de otros presupuestos? ¿Aparecerían otros resultados si se hubiera partido de otras hipótesis iniciales?»
- Cuando se descubren las causas de los sentimientos o reacciones que estoy experimentando al considerar algo atentamente. Por ejemplo: «Al estudiar este episodio, ¿Qué es lo que me interesa más particularmente? ¿Por qué? ¿Qué es lo que me causa perplejidad en esta traducción? ¿Por qué?»
- Cuando se comprenden más a fondo las implicaciones de aquello que he llegado a entender por mi mismo o con ayuda de otros. Por ejemplo: «De los esfuerzos medioambientales para controlar el efecto invernadero, ¿qué consecuencias posibles pueden seguirse para mi vida, la de mi familia o de mis amigos, y para las vidas de los pueblos de los países pobres?»
- Cuando se logran tener convicciones personales sobre hechos, opiniones, verdades — distorsionadas o no —, y cosas semejantes. Por ejemplo: «La mayoría de la gente considera que un reparto más igualitario de los recursos del mundo sería deseable, más aún, es un imperativo moral. Mi propio estilo de vida, y tantas cosas que me parecen normales y doy por supuestas, ¿pueden contribuir quizás a esta desigualdad? ¿Estoy dispuesto a reconsiderar lo que necesito para ser feliz?»
- Cuando se logra comprender quién soy («¿Qué me mueve y por qué?») y quién debería ser yo en relación a otros. Por ejemplo: «¿Cómo me influye la problemática sobre la que reflexiono? ¿Por qué? ¿Acepto en paz las reacciones que se producen en mí mismo? ¿Por qué? Si no, ¿por qué no?»

Un reto aún mayor para el profesor, en esta etapa del paradigma del aprendizaje, es formular preguntas que amplíen la sensibilidad del alumno y le hagan considerar el punto de vista de los demás, especialmente el de los pobres. La tentación para el profesor será quizás tratar de imponer sus puntos de vista. Si eso ocurre, el riesgo de manipulación o indoctrinación (ciertamente no ignaciano) sería alto, y los profesores deben evitar todo lo que conlleve este tipo de riesgo. Pero permanece el reto de incrementar la sensibilidad de los estudiantes a las implicaciones humanas de lo que estudian, de modo que vayan más allá de sus experiencias previas y crezcan en calidad humana.

Como educadores insistimos en que todo esto debe hacerse con un total respeto hacia la libertad del estudiante. Es posible que, incluso después de un proceso reflexivo, un alumno pueda decidir actuar de forma egoísta. Sabemos que, debido a factores evolutivos, a inseguridad, o a otras situaciones que ordinariamente afectan a la vida del alumno, éste puede no ser capaz, en ciertos momentos, de madurar en la línea de un mayor altruismo, respeto a la justicia, etc. Incluso Jesús afrontó tales reacciones con el joven rico del Evangelio. Debemos ser respetuosos con la libertad individual de quien se resiste a madurar. Somos simplemente sembradores; la providencia de Dios hará germinar la semilla a su tiempo.

La reflexión que estamos considerando, puede y debe extenderse dondequiera que sea conveniente, de modo que alumnos y profesores sean capaces de compartir sus reflexiones y tengan así la oportunidad de crecer juntos. Una reflexión compartida puede reforzar, desafiar, estimular la atenta consideración de las cosas, y finalmente dar una mayor seguridad de que la acción que se va a emprender, —individual o colectiva—, va a ser más integrada y coherente con lo que significa ser una «persona para los demás».

(Los términos Experiencia y Reflexión pueden definirse de maneras diferentes según las diversas escuelas pedagógicas; y estamos de acuerdo con los que tienden a usar hoy éstos y otros términos semejantes para expresar o promover una enseñanza personalizada y activa, cuyo objetivo no sea la mera asimilación de temas sino el desarrollo de la persona. En la tradición educativa ignaciana, sin embargo, estos términos son particularmente significativos porque representan el «modo de proceder» más eficaz para lograr la «formación integral» del alumno, es decir, una forma de experimentar y reflexionar que lleva al alumno, no sólo a profundizar en los temas, sino a buscar un significado para la vida, y a realizar opciones personales [Acción] de acuerdo con una visión integradora del mundo. Por otra parte, sabemos que la experiencia y la reflexión no son fenómenos separables. No es posible realizar una experiencia sin una mínima reflexión, y todas las reflexiones implican algunas experiencias intelectuales o afectivas, intuiciones o ilustraciones, una visión del mundo, y de los demás.)

D) La Acción

Para Ignacio la prueba más dura del amor es lo que uno hace, no lo que dice. «El amor se demuestra con los hechos, no con las palabras.» El impulso de los Ejercicios Espirituales permitía precisamente al ejercitante conocer la voluntad de Dios, para llevarla a cabo libremente. Por eso, Ignacio y los primeros jesuitas estaban también muy preocupados por la formación de las actitudes de los alumnos, los valores e ideales según los cuales iban a tomar decisiones en una gran variedad de situaciones en las que tendrían que actuar. Ignacio quería formar en los colegios de la Compañía jóvenes que pudieran contribuir inteligente y eficazmente al bienestar de la sociedad.

- La Reflexión de la pedagogía ignaciana sería un proceso truncado si terminase en la comprensión y en las reacciones afectivas. La reflexión ignaciana parte precisamente de la realidad de la experiencia y termina necesariamente en esa misma realidad para actuar sobre ella. La reflexión sólo hace crecer y madurar cuando promueve la decisión y el compromiso.
- En su pedagogía, Ignacio destaca el estadio afectivo/evaluativo del proceso de formación porque es consciente de que los sentimientos afectivos, además de permitir «sentir y gustar», es decir profundizar en la propia experiencia, son fuerzas motivadoras que le hacen pasar a uno de la comprensión a la acción y al compromiso. Respetando la libertad de cada uno, trata más bien de animar a la decisión y al compromiso por el «magis», el mayor servicio de Dios y de nuestras hermanas y hermanos.
- El término Acción se refiere aquí al crecimiento humano interior basado en la experiencia sobre la que se ha reflexionado, así como a su manifestación externa. Aquí hay dos niveles:

1. Las opciones interiorizadas: Después de la reflexión, el alumno considera la experiencia desde un punto de vista personal y humano. A la luz de la comprensión intelectual de la experiencia y de los sentimientos implicados, —positivos o negativos—, es cuando la voluntad se siente movida. La percepción y análisis de contenidos significativos conduce a opciones concretas. Éstas pueden surgir cuando una persona decide que tal verdad va a ser su punto personal de referencia, la actitud o predisposición que va a influir en todas sus decisiones. Y puede adquirir la forma de una clarificación gradual de las propias prioridades. Es en este momento cuando un alumno puede decidir asumir tal verdad como propia, manteniéndose sin embargo abierto respecto a dónde le va a llevar esa verdad.
2. Las opciones que se manifiestan al exterior. Con el tiempo, estos contenidos, actitudes y valores interiorizados, forman parte de la persona e impulsan al estudiante a actuar, a hacer algo coherente con sus convicciones. Si el contenido fue positivo, el estudiante probablemente intentará incrementar aquellas condiciones o circunstancias en las que la experiencia original tuvo lugar. Por ejemplo, si un alumno ha tenido éxito en educación física, se inclinará a practicar habitualmente algún deporte durante su tiempo libre. Si a una alumna le ha gustado la historia de la literatura, sacará tiempo para leer. Si otro encuentra valioso ayudar a sus compañeros en sus estudios, puede ofrecerse como voluntario en algún programa de ayuda a estudiantes más flojos. Si él o ella aprecian mejor las necesidades de los pobres, después de haber vivido experiencias de servicio en áreas de marginación y haber reflexionado sobre ellas, esto podría influir en su elección de carrera o les haría sentirse motivados a trabajar por los pobres en un voluntariado. Si el contenido fue negativo, entonces el alumno intentará probablemente contrarrestar, cambiar, discernir o evitar las condiciones y circunstancias en las que ocurrió la experiencia original. Por ejemplo, si el estudiante se da cuenta en determinado momento de las causas de su fracaso escolar, podrá decidirse a mejorar sus hábitos de estudio para evitar otro fracaso.

E) La Evaluación

Todos los profesores saben que es importante evaluar de vez en cuando el progreso académico de cada alumno. Las preguntas ocasionales, las pruebas semanales o mensuales y los exámenes finales, son los instrumentos normales de evaluación que valoran el dominio de los conocimientos y las capacidades adquiridas. Las pruebas periódicas informan al profesor y al alumno sobre el progreso intelectual y detectan las lagunas que es necesario cubrir. Probablemente este tipo de realimentación hace caer en la cuenta al profesor de la necesidad de usar otros métodos de enseñanza; y le brinda la oportunidad de estimular y aconsejar personalmente a cada alumno sobre su progreso académico (por ejemplo, revisando los hábitos de estudio).

La pedagogía ignaciana, sin embargo, intenta lograr una formación que, incluyendo el dominio académico, pretende ir más allá. En este sentido nos preocupamos por el desarrollo equilibrado de los alumnos como «personas para los demás». Por eso, resulta esencial la evaluación periódica del progreso de los alumnos en sus actitudes, prioridades y acciones, de acuerdo con el objetivo de ser una «persona para los demás». Probablemente esta evaluación integral no ha de ser tan frecuente como la académica, pero necesita programarse periódicamente, por lo menos una vez por trimestre. Un profesor observador captará también, con mucha más frecuencia, señales de madurez o inmadurez en las discusiones de clase, actitudes de generosidad de los alumnos como reacción a necesidades comunes, etc.

Existen muchas formas de evaluar el proceso de la madurez humana. Hay que tener en cuenta todo: la edad, el talento y el nivel de desarrollo de cada alumno. En este sentido, las relaciones de respeto y confianza mutua, que siempre deberían existir entre profesor y alumno, son las que crean un clima propicio para dialogar sobre la madurez. Hay métodos pedagógicos adecuados para ello, como el diálogo personal, la revisión de los diarios de los estudiantes, la autoevaluación de los propios alumnos en los diversos campos del crecimiento, así como la revisión de las actividades de tiempo libre y el servicio voluntario a los demás.

Éste puede ser un momento privilegiado para que el profesor felicite y anime al alumno por el esfuerzo realizado, y le estimule también a una mayor reflexión, a la luz de los puntos negros o lagunas detectadas por el propio alumno. El profesor puede animarle a reconsiderar oportunamente las cosas, haciéndole preguntas interesantes, presentándole nuevas perspectivas, aportando la información necesaria y sugiriendo modos de ver las cosas desde otros puntos de vista.

Con el tiempo, las actitudes de los alumnos, sus prioridades y decisiones, pueden ser investigadas de nuevo a la luz de experiencias ulteriores, cambios del entorno, desafíos provocados por desplazamientos sociales y culturales, o cosas semejantes. El profesor, con su discreta manera de preguntar, puede sugerir la necesidad de realizar decisiones o compromisos más adecuados, lo que Ignacio de Loyola llama el «magis». Esta nueva conciencia de la necesidad de madurar puede servir al alumno para emprender de nuevo el ciclo del paradigma de aprendizaje ignaciano.

7. Un proceso continuo

Este modo de proceder puede convertirse en una estructura continua y eficaz de aprendizaje así como un estímulo a permanecer abierto al crecimiento a lo largo de la vida.

La repetición del paradigma ignaciano puede ayudar a madurar al alumno, el cual:

- aprenderá gradualmente a discernir y seleccionar sus experiencias;
- se hará capaz de obtener una mayor plenitud y riqueza personal a partir de la reflexión sobre dichas experiencias; y
- logrará automotivarse, desde su propia honestidad y humanismo, para elegir consciente y responsablemente.

Además, y quizás lo más importante, el uso coherente del paradigma ignaciano puede llevar a la adquisición de hábitos permanentes de aprendizaje que fomenten la disponibilidad para captar la experiencia, la comprensión reflexiva más allá del propio interés y los criterios para la acción responsable. Tales logros educativos eran característicos de los antiguos alumnos de la primitiva Compañía de Jesús. Quizás sean aún más necesarios para los ciudadanos responsables del tercer milenio.

8. Rasgos característicos del Paradigma Pedagógico Ignaciano

Recibimos naturalmente con agrado una pedagogía ignaciana que hace referencia a las Características de la Educación de la Compañía de Jesús y a nuestros propios objetivos como profesores. La interacción continua de Experiencia, Reflexión y Acción aporta un modelo pedagógico muy significativo en el contexto cultural de nuestro tiempo. Es un modelo básico y sugerente, que se refiere expresamente al proceso de enseñanza-aprendizaje. Es una forma de proceder cuidadosamente razonada, argumentada en lógica coherencia con los principios de la espiritualidad ignaciana y de la educación de la Compañía. Defiende firmemente la importancia e integración de la interrelación de profesor, alumno y asignatura. Más aún, atiende de una manera práctica y sistemática tanto a la realidad como a los ideales de formación, al mismo tiempo que ofrece los medios básicos que necesitamos para dar sentido a nuestra misión educativa de formar «hombres y mujeres para los demás». Y puesto que vamos a trabajar para hacer de la pedagogía ignaciana una característica esencial de la educación en nuestros colegios y en nuestras clases, será útil recordar lo siguiente en relación con el paradigma propuesto:

- El Paradigma Pedagógico Ignaciano se adapta a todos los planes de estudio. Es fácilmente aplicable incluso a los planes propuestos por las administraciones públicas. No exige añadir ni un sólo curso, pero requiere incluir nuevos enfoques en el modo de impartir las clases exigidas por los diversos planes.
- El Paradigma Pedagógico Ignaciano es fundamental para el proceso de enseñanza y aprendizaje. Se aplica no sólo a las disciplinas académicas sino también a las áreas no académicas, tales como las actividades para-escolares, los programas de servicio social, las convivencias y otras actividades. En cada una de las asignaturas (historia, matemáticas, idiomas, literatura, física, arte, etc.), el paradigma puede ser un instrumento útil para preparar las clases, planificar tareas, y elegir actividades formativas. Encierra un potencial considerable para ayudar a los alumnos a relacionar las materias de cada asignatura, y a éstas entre si, y a integrar sus contenidos con lo ya estudiado. Si se usa sistemáticamente a lo largo de un programa escolar, el paradigma da coherencia a toda la experiencia educativa del alumno. La aplicación regular del modelo en las diversas situaciones escolares contribuye a crear en los alumnos el hábito espontáneo de reflexionar sobre la experiencia antes de pasar a la acción.
- El Paradigma Pedagógico Ignaciano puede ayudar al perfeccionamiento del profesorado. Permite enriquecer el contenido y la estructura de lo que se está enseñando. Da al profesor medios adicionales para promover la capacidad de iniciativa de los alumnos. Permite a los profesores mejorar su expectativa de los alumnos, y promover en ellos una mayor responsabilidad y cooperación activa en su propio aprendizaje. Ayuda al profesor a motivar a los estudiantes proporcionándole ocasiones y argumentos para animarles a relacionar lo que están estudiando con las experiencias de su propio entorno.
- El Paradigma Pedagógico Ignaciano personaliza la enseñanza. Lleva a los estudiantes a reflexionar sobre el contenido y el significado de lo que están estudiando. Trata de motivarlos implicándoles como participantes activos y críticos en el proceso de enseñanza. Apuesta por un aprendizaje más personal, que permite relacionar más estrechamente las experiencias de alumnos y profesores. Invita a integrar las experiencias educativas que tienen lugar en la clase con las de la familia, el trabajo, los compañeros, etc.
- El Paradigma Pedagógico Ignaciano acentúa la dimensión social de la enseñanza. Fomenta la cooperación estrecha y la mutua comunicación de experiencias a través del diálogo reflexivo entre los alumnos. Relaciona el estudio y la maduración propia con la interacción personal y las relaciones humanas. Propone caminar y progresar decididamente hacia una acción que va a repercutir favorablemente en la vida de los demás. Los alumnos aprenderán gradualmente que sus experiencias más profundas provienen de la interacción con todo lo que es humano, de sus relaciones y experiencias con otras personas. La reflexión conducirá siempre a un mayor aprecio de la vida de los demás, y de las acciones, normas de conducta o estructuras que favorecen o dificultan el crecimiento y desarrollo de las personas. Lo cual supone, naturalmente, que los profesores son conscientes y están comprometidos con tales valores.

9. Retos de la puesta en práctica de la pedagogía ignaciana

No es fácil tratar de lograr unas metas que se orientan hacia valores, como las que se proponen en las Características de la Educación de la Compañía de Jesús. Hoy surgen voces poderosas que actúan en contra de nuestros propósitos. He aquí sólo unas pocas.

A) Un enfoque restringido de la educación

Con frecuencia se nos presenta el objetivo de la educación como una mera transmisión cultural, por ejemplo, transmitir a las nuevas generaciones la sabiduría acumulada durante siglos. Esa es, desde luego, una función importante de la enseñanza que asegura la coherencia del esfuerzo humano dentro de cualquier sociedad y de la humanidad en general. Dejar de informar y preparar a la juventud acerca de lo que ya sabemos, daría como resultado la necesidad de que cada nueva generación reinventara la rueda. De hecho, en muchos lugares, la transmisión cultural es el objetivo dominante, si no el único, de la educación pública.

Pero el objetivo de la educación en el mundo de hoy, marcado por cambios tan rápidos en todos los niveles de la iniciativa humana, y por sistemas e ideologías competitivas, no puede quedar tan restringido, si efectivamente queremos preparar hombres y mujeres para ser competentes y conscientes, capaces de hacer contribuciones significativas al futuro de la humanidad. Desde un punto de vista puramente pragmático, la educación que se limitara a la transmisión cultural realizaría una preparación para lo que pronto va a caer en desuso. Esto es evidente cuando diseñamos programas de preparación tecnológica. Menos diáfanas son sin embargo las consecuencias de equivocarse al evaluar las implicaciones humanas en las innovaciones que realmente afectan a la vida, como la ingeniería genética, la cultura de la imagen, las nuevas formas de energía, el papel de los bloques económicos emergentes de las naciones y muchísimas otras innovaciones que nos prometen el progreso. Muchas de ellas nos brindan la esperanza de mejorar la vida humana; pero ¿a qué precio? No se pueden dejar simplemente tales cuestiones para los líderes políticos o los dirigentes de la industria; es derecho y responsabilidad de cada ciudadano juzgar y actuar de manera adecuada en favor de la comunidad humana que está configurándose. Es necesario educar a la gente para una ciudadanía responsable.

Por tanto, es esencial añadir a la transmisión cultural la preparación para una participación significativa en el desarrollo cultural. Los hombres y mujeres del tercer milenio necesitarán nuevas habilidades técnicas, no hay duda; pero, y esto es mucho más importante, necesitarán la habilidad de comprender y criticar desde el amor todos los aspectos vitales, en orden a tomar decisiones (personales, sociales, morales, profesionales, religiosas) que influyan beneficiosamente en nuestras vidas. Los criterios de tal desarrollo (a través del estudio, la reflexión, el análisis, la crítica y la realización de alternativas eficaces) se fundan, inevitablemente, en valores morales. Y esto es cierto, sean o no explícitamente rechazados dichos valores. Toda enseñanza puede impartir valores, que promueven por ejemplo la justicia, o bien puede actuar, total o parcialmente, en dirección contraria, a lo que constituye la misión de la Compañía de Jesús.

Necesitamos, por consiguiente, una pedagogía que alerte a los jóvenes acerca de las complejas redes de valores que con frecuencia aparecen tan sutilmente disfrazados en la vida moderna, —a través de la publicidad, la música, la propaganda política, etc.—; de tal manera que los alumnos sean capaces de examinarlas y juzgarlas, y comprometerse libremente con ellas, desde una auténtica comprensión.

B) El predominio del pragmatismo

Muchos gobiernos están acentuando exclusivamente los elementos pragmáticos de la educación, llevados del ansia de lograr objetivos de progreso económico, que pueden ser perfectamente legítimos. Como resultado, la educación queda reducida a una preparación para el empleo. Esta tendencia se fomenta frecuentemente desde los intereses comerciales, por más que alaben teóricamente la extensión de la educación a objetivos culturales. En los últimos años, en muchas partes del mundo, numerosas instituciones académicas se han sumado a esta estrecha perspectiva de la educación. Y es alarmante ver el enorme cambio que existe en la elección de especialidades universitarias por parte de los estudiantes; cómo abandonan las humanidades, la sociología, la psicología, la filosofía y la teología, y se inclinan exclusivamente por ciencias empresariales, económicas, técnicas, físicas o biológicas.

En la educación de la Compañía no nos limitamos a lamentar sin más estos hechos de la vida moderna. Queremos examinarlos y estudiarlos. Creemos que cada disciplina académica, si es honesta consigo misma, es consciente de que los valores que transmite dependen del ideal de persona y de sociedad que ha tomado como punto de partida. En este sentido, consideramos de gran importancia los programas educativos, la enseñanza y la investigación, y las metodologías que suelen emplearse en escuelas, colegios y universidades de la Compañía, pues rechazamos cualquier versión parcial o deformada de la persona humana, imagen de Dios. Esto contrasta claramente con aquellas instituciones educativas que, a menudo inconscientemente, dejan de lado la preocupación fundamental por la persona humana a causa del enfoque fragmentario de las especializaciones.

Esto significa que la educación de la Compañía debe insistir en la formación integral de sus alumnos mediante la exigencia de un currículum básico que incluya humanidades, filosofía, perspectivas teológicas, cuestiones sociales y otros aspectos semejantes, como parte de los programas educativos especializados. Y además, se podría muy bien utilizar, en las especializaciones, el sistema de complementación curricular, en orden a subrayar las implicaciones humanas, éticas, sociales más profundas del programa académico.

C) La tendencia hacia las soluciones simples

La sociedad de nuestro tiempo se caracteriza por la inclinación a buscar soluciones simples para cuestiones y problemas humanos complejos. El uso extendido de slogans como respuesta a los problemas, no ayuda precisamente a solucionarlos. Ni tampoco lo hace la tendencia, que vemos en muchos países del mundo, hacia el fundamentalismo, en un extremo del espectro, y al secularismo en el otro. Ambos tienden a ser reduccionistas; no satisfacen de una forma real la sed de crecimiento humano integral que reclaman tantos hermanos y hermanas nuestros.

En realidad, la educación de la Compañía, que tiene como objetivo la formación integral de la persona, afronta el reto de trazar un camino y emplear una pedagogía que evite estos extremos y ayude a nuestros alumnos a captar la verdad más plenamente, la implicación humana de lo que aprenden, precisamente para que puedan contribuir con más eficacia a sanear la humanidad y a construir un mundo más humano y más divino.

D) Los sentimientos de inseguridad

Una de las razones que más contribuyen a la búsqueda tan extendida de respuestas fáciles es la inseguridad que experimenta mucha gente debido al fracaso de instituciones humanas esenciales que normalmente proporcionaban contextos de crecimiento. La familia, sociedad humana fundamental, está desintegrándose trágicamente en todos los países del mundo. En muchos países del primer mundo, uno de cada dos matrimonios acaba en divorcio, con efectos devastadores para los cónyuges, y sobre todo para los hijos. Otra fuente de inseguridad y confusión se debe al hecho de que estamos experimentando una histórica y masiva migración por toda la faz de la tierra. Millones de hombres, mujeres y niños son arrancados de sus ambientes culturales debido a la opresión, a las guerras civiles, o a la escasez de comida o medios para mantenerse. Los mayores pueden quizás conservar elementos de su herencia cultural y religiosa, pero los jóvenes están sujetos con frecuencia a conflictos culturales y, para ser aceptados, se sienten obligados a adoptar los valores dominantes de sus nuevas patrias. Pero, en su corazón, no se fían de esos nuevos valores. La inseguridad se expresa a menudo en actitudes defensivas y egoístas, a través del comportamiento del «yo-primero», que bloquea la capacidad de interesarse por las necesidades de los demás. El énfasis que el paradigma ignaciano pone sobre la reflexión en orden a alcanzar el sentido, puede ayudar a los estudiantes a entender las razones subyacentes a las inseguridades que experimentan, y a buscar modos más constructivos de afrontarlas.

E) Los planes de estudio prescritos por las administraciones públicas

Más allá de todos estos factores está la realidad del pluralismo en el mundo de hoy. A diferencia de los colegios de la Compañía del siglo XVI, no existe un currículo único reconocido universalmente como el «Trivium» o el «Quadrivium» que pudiera utilizarse como estructura de formación para nuestro tiempo. Los planes de hoy reflejan, como es lógico, culturas locales y necesidades particulares que cambian considerablemente. Pero en numerosos países, los gobiernos imponen con rigor los cursos que constituyen los planes de estudio en los niveles primario y secundario. Y esto puede impedir un desarrollo curricular en consonancia con la prioridad formativa de los colegios.

Una característica importante del Paradigma de aprendizaje ignaciano es que se aplica a las materias curriculares existentes, dándoles un enfoque específico en vez de modificar o incrementar las unidades lectivas existentes. De esta forma se evitan nuevos añadidos a los currículos escolares ya sobrecargados, y al mismo tiempo se impide que determinados contenidos se vean como un suplemento decorativo de las asignaturas «importantes». Esto no impide, naturalmente, que en un contexto académico concreto, pueda ser aconsejable añadir alguna unidad específica de ética o materias semejantes.

10. De la teoría a la práctica: Programas de Formación del Profesorado

Al reflexionar sobre lo propuesto, algunos pueden preguntarse cómo puede llevarse a cabo todo esto. En realidad, muy pocos profesores practican de una manera sistemática semejante metodología. Y el no saber cómo hacerlo es probablemente el mayor obstáculo para cualquier cambio efectivo en el comportamiento de un profesor. Los miembros de la «Comisión Internacional para el Apostolado Educativo de la Compañía de Jesús» (ICAJE) entienden bien tales reservas. La experiencia ha mostrado que muchas innovaciones educativas han fracasado precisamente por esta razón.

En este sentido, estamos persuadidos de que los centros, provincias o regiones que deseen utilizar este Paradigma Pedagógico Ignaciano, van a necesitar programas de formación del profesorado, que lleven consigo una preparación in situ. Puesto que las técnicas de enseñanza únicamente pueden llegar a dominarse a través de la práctica, los profesores no sólo necesitarán aclaraciones sobre los métodos, sino también ocasiones de practicarlos. Dichos programas proporcionarían a los profesores un conjunto de métodos pedagógicos inspirados en la pedagogía ignaciana, de los cuales podrán utilizar los que consideren más adecuados a las necesidades de los alumnos a su cargo. Así pues, la formación del profesorado en el ámbito colegial, o de Provincia, son una parte esencial y necesaria del Proyecto de la Pedagogía Ignaciana.

De acuerdo con esto, creemos que es necesario seleccionar y preparar equipos capaces de ofrecer estos programas de formación a grupos locales o provinciales de profesores en orden al uso del Paradigma Pedagógico Ignaciano. En este sentido ya se están organizando talleres de formación, los cuales, naturalmente, procurarán adaptar a cada lugar aquellos métodos concretos que estén de acuerdo con la pedagogía ignaciana propuesta.

11. Algunos apoyos concretos para entender el Paradigma

Los apéndices de este documento proporcionan una comprensión más amplia de las raíces de la Pedagogía Ignaciana a través de los mismos escritos de Ignacio de Loyola (Apéndice I) y del discurso del P. Kolvenbach a los participantes del grupo de trabajo de Villa Cavalletti (Apéndice II). Ofrecemos también una breve lista de métodos y procedimientos variados que pueden utilizarse en cada uno de los pasos del Paradigma Pedagógico Ignaciano (Apéndice III). Habrá dossiers prácticos más completos sobre la utilización pedagógica de estos métodos, que constituirán el material básico de los programas locales o regionales de preparación del profesorado que ayudarán a comprender y utilizar eficazmente esta pedagogía.

12. Una invitación a cooperar

Sólo llegaremos a saber cómo adaptar y aplicar el Paradigma Pedagógico Ignaciano, a la gran variedad de situaciones y circunstancias educativas de los colegios de la Compañía en el mundo, si ponemos en práctica el Paradigma en nuestra diaria interacción con los alumnos, dentro y fuera del aula, y descubrimos, a través de estos esfuerzos concretos, las formas prácticas de utilizarlo para mejorar el proceso de enseñanza y aprendizaje. Por otra parte, esperamos que vayan apareciendo próximamente propuestas útiles y pormenorizadas del Paradigma Pedagógico Ignaciano, las cuales se irán enriqueciendo con la experiencia de profesores preparados y experimentados en su aplicación, dentro de campos concretos y disciplinas académicas específicas. Todos los que trabajamos en la educación, esperamos con ilusión beneficiarnos de la intuición y las sugerencias que puedan ofrecernos otros profesores.

Según el espíritu ignaciano de cooperación, confiamos que los profesores que utilicen el Paradigma Ignaciano, compartan con otros las programaciones que realicen sobre las materias específicas de sus asignaturas. En este sentido esperamos poder ofrecer de vez en cuando breves materiales ilustrativos. Por esta razón invitamos a todos los profesores a que envíen informaciones concisas, de cómo ellos han utilizado el Paradigma Ignaciano en materias específicas, al Centro Internacional de la Educación de la Compañía de Jesús Borgo S. Spirito, 4 C.P. 6139 00195 ROMA-ITALIA

Apéndices

Índice

- Apéndice I: Algunos Principios Pedagógicos importantes: Anotaciones ignacianas.
Una adaptación de las notas introductorias de San Ignacio para el que da a otro los Ejercicios Espirituales. Se señalan las implicaciones pedagógicas más explícitas.
- Apéndice II: La Pedagogía Ignaciana hoy
Discurso del P. Peter-Hans Kolvenbach S.J. a los participantes del grupo de trabajo sobre: «La Pedagogía Ignaciana: Un planteamiento práctico», Villa Cavalletti, 29 de abril de 1993.
- Apéndice III: Una breve lista de métodos y procesos adaptados a cada uno de los pasos del Paradigma Pedagógico Ignaciano. Los métodos aquí seleccionados provienen de la tradición educativa de la Compañía (San Ignacio, Ratio Studiorum, etc.) o de métodos pedagógicos desarrollados más recientemente en diversas situaciones, y que son compatibles con la Pedagogía Ignaciana.
N.B. Los programas de formación deberán orientar y capacitar a los profesores para practicar y llegar a dominar estos métodos.

APÉNDICE I

ALGUNOS PRINCIPIOS PEDAGÓGICOS IMPORTANTES (ANNOTACIONES IGNACIANAS)

A continuación presentamos las Anotaciones o notas orientativas para el Director de los Ejercicios Espirituales, traducidas a principios básicos de la Pedagogía Ignaciana:

1. Por «aprender» se entiende todo modo de experiencia, reflexión y acción en torno a la verdad; toda forma de preparar y disponer la persona para vencer todos los obstáculos que impiden la libertad y el crecimiento (Anotación 1).
2. El profesor explica al estudiante el modo y orden de la asignatura y narra los hechos fielmente. Se ciñe a lo importante en este punto y sólo añade una pequeña explicación. La razón de esto es que cuando se les expone a los alumnos lo fundamental, y ellos lo trabajan y lo reflexionan, descubren cómo la materia se vuelve más clara y se comprende mejor. La claridad surge de su propio razonamiento y produce mayor sensación de logro y satisfacción que cuando el profesor explica y desarrolla extensamente los significados de las cosas. No es el mero conocimiento lo que llena y satisface a los estudiantes, sino el comprender y saborear profundamente la verdad (Anotación 2).
3. En todo aprendizaje hacemos uso del entendimiento para razonar, y de la voluntad para expresar nuestro afecto (Anotación 3).
4. Se asignan períodos de tiempo específicos al estudio, que generalmente corresponden a las partes lógicas de la materia. Sin embargo, esto no quiere decir que cada parte deba realizarse necesariamente en un tiempo fijo. Porque puede ocurrir que algunos alumnos sean más lentos en alcanzar lo que se pretende mientras que otros sean más diligentes, y otros tengan más problemas o estén más cansados. Por lo que puede ser necesario acortar el tiempo en algunas ocasiones y alargarlo en otras (Anotación 4).
5. El alumno que emprende un estudio debería hacerlo con «grande animo y liberalidad», poniendo libremente toda su atención y voluntad en el empeño (Anotación 5).
6. Cuando el profesor ve que el estudiante no está afectado por ninguna experiencia, debería insistir con preguntas, inquirendo sobre cuándo y cómo realiza el estudio, cuestionando la comprensión de las instrucciones, preguntándole cómo resultó su reflexión, y pidiéndole cuentas (Anotación 6).

7. Si el profesor observa que el alumno está teniendo problemas, debería charlar con él pausada y amablemente. Debería animarle y ayudarlo con vistas al futuro, revisando sus errores con amabilidad y sugiriéndole modos de mejorar (Anotación 7).
8. Si durante la reflexión un alumno experimenta alegría o desaliento, debería pensar más detenidamente en las causas de tales sentimientos. Compartir esta reflexión con un profesor puede ayudar al estudiante a percibir áreas de satisfacción o estímulo que pueden llevarle a un mayor crecimiento personal, o bien bloquearle sutilmente (Anotaciones 8, 9, 10).
9. El alumno debería plantearse el aprendizaje de la materia a la que se enfrenta como si no fuera a aprender nada más. No debería tener prisa en cubrirlo todo. «Non multa, sed multum»: «Trata la materia seleccionada en profundidad; no intentes cubrir todos los temas de un determinado campo de investigación» (Anotación 11).
10. El alumno debería dedicar al estudio el tiempo completo establecido. Es mejor dar un tiempo extra que acortarlo, especialmente cuando la tentación de «atajar» es fuerte y cuesta estudiar. Así, el estudiante se acostumbrará a no darse por vencido y fortalecer su capacidad de estudio en el futuro (Anotaciones 12 y 13).
11. Si el alumno va adelante con gran éxito, el profesor le aconsejará ir con más cuidado y con menos prisa (Anotación 14).
12. Cuando el alumno aprende, es más conveniente que sea la verdad misma la que le motive y disponga. El profesor, como el fiel de la balanza, no se inclina más a una cosa que a otra, sino que ayuda al estudiante a relacionarse directamente con la verdad y ser influenciado por ella (Anotación 15).
13. Para que el Creador y Señor obre más fielmente en su criatura, será muy conveniente que el alumno haga frente a cualquier obstáculo que le impida abrirse plenamente a la verdad (Anotación 16).
14. El alumno debería informar sinceramente al profesor de cualquier problema o dificultad que tenga, para que el proceso de aprendizaje pueda ser adecuado y adaptado a las necesidades personales (Anotación 17).
15. El aprendizaje debería estar siempre adaptado a la situación del estudiante que lo realiza (Anotación 18).
16. (Las dos últimas anotaciones permiten adaptaciones creativas según las personas y las circunstancias. En la experiencia de enseñanza y aprendizaje, esta capacidad de adaptación es verdaderamente eficaz.) (Anotaciones 19 y 20).

APÉNDICE II

LA PEDAGOGÍA IGNACIANA HOY

Discurso del P. Peter-Hans Kolvenbach, S.J., a los participantes del grupo de trabajo sobre «La Pedagogía Ignaciana: Un planteamiento práctico» Villa Cavalletti, 29 de abril de 1993

Contexto: El humanístico cristiano hoy

Comienzo situando nuestros esfuerzos dentro del contexto de la tradición educativa de la Compañía. Desde sus orígenes en el siglo XVI nuestra educación se ha dirigido al desarrollo y transmisión de un auténtico humanismo cristiano. Este humanismo tiene dos raíces: la experiencia espiritual específica de Ignacio de Loyola, y los desafíos culturales, sociales, religiosos del Renacimiento y la Reforma de Europa.

La raíz espiritual de este humanismo se manifiesta en la contemplación final de los Ejercicios Espirituales. En ella San Ignacio hace que el ejercitante pida conocimiento interno de cómo Dios habita en las personas, dándoles el saber y haciéndolas a su imagen y semejanza, y que considere cómo Dios trabaja y obra en todas las cosas creadas en beneficio de cada persona. Este conocimiento de la relación de Dios con el mundo implica que la fe en Dios y la afirmación de todo lo que es verdaderamente humano son inseparables entre sí. Esta espiritualidad capacitó a los primeros jesuitas para apropiarse el humanismo del Renacimiento y para fundar una red de centros educativos, que representaban una renovación y respondían a las necesidades urgentes de su tiempo. La Fe y el fomento de la «humanitas» trabajaban mano a mano.

Desde el Concilio Vaticano II venimos experimentando un nuevo y profundo desafío que exige una nueva forma de humanismo cristiano, con especial énfasis en lo social. El Concilio afirma que «la distancia entre la fe que muchos profesan y sus vidas, en la realidad de cada día, merece contarse entre los errores más serios de nuestro tiempo» (GS 43). El mundo se nos muestra dividido, roto en pedazos.

El problema básico es éste: ¿qué significado tiene la fe en Dios, de cara a Bosnia y Angola, Guatemala y Haití, Auschwitz e Hiroshima, las calles repletas de gente en Calcutta y los cuerpos destrozados de la plaza de Tienanmen? ¿Qué es el humanismo cristiano, ante los millones de hombres, mujeres y niños que mueren de hambre en África? ¿Qué significa el humanismo cristiano frente a los millones de personas arrancadas de sus propios países por la persecución y el terror, y obligados a buscar nueva vida en tierras extranjeras? ¿Qué significa humanismo cristiano cuando contemplamos los sin-hogar que vagan por nuestras ciudades, y el creciente número de los marginados por la sociedad, que se ven condenados a una desesperanza permanente? ¿Qué significado tiene la educación humanística en este contexto? Una sensibilidad dirigida hacia la miseria y explotación de los hombres no es simplemente una doctrina política o un sistema económico. Es un humanismo, una sensibilidad humana que debe lograrse de nuevo dentro de las demandas de nuestro tiempo y como resultado de una educación cuyo ideal está influido por los grandes mandamientos: amar a Dios y al prójimo.

En otras palabras, el humanismo cristiano de finales del siglo XX incluye necesariamente el humanismo social. Como tal, participa en gran parte de los ideales de otras creencias, al pretender que el amor de Dios se manifieste eficazmente, y que se edifique un reino de Dios justo y pacífico en la tierra. Así como los primeros jesuitas contribuyeron al humanismo del siglo XVI, de forma peculiar, a través de sus innovaciones educativas, así nosotros estamos llamados hoy a una tarea semejante. Esto requiere creatividad en todos los campos del pensamiento, educación y espiritualidad. Será el resultado de una pedagogía ignaciana, que sirva a la fe, a través de una autoreflexión sobre el sentido pleno del mensaje cristiano y de sus exigencias en nuestro tiempo. El servicio a la Fe y la promoción de la Justicia, que ello lleva consigo, es el fundamento del humanismo cristiano contemporáneo. Y está en el núcleo de la tarea educativa católica y de la Compañía en nuestros días. Esto es lo que las Características de la Educación llama «excelencia humana». Esto es lo que queremos decir cuando hablamos de que el fin de la educación de los jesuitas es la formación de hombres y mujeres para los demás, personas competentes, concienciadas y sensibles al compromiso.

Respuesta de la Compañía a este contexto

Hace justamente diez años se pedía, desde puntos diferentes del mundo, una declaración actualizada de los principios esenciales de nuestra pedagogía. La necesidad se dejaba sentir a causa de los cambios importantes y las normas nuevas de los gobiernos, que regulan el currículum, la composición del cuerpo estudiantil, y otros temas pedagógicos semejantes; por el número creciente de profesores seculares, que no estaban familiarizados con la educación de la Compañía; a la vista de la Misión de la Compañía en la Iglesia de hoy; y en especial por el ambiente cambiante y cada vez más desorientador en el que vive y crece la juventud actual. Nuestra respuesta ha sido el documento que describe las Características de la Educación de la Compañía de Jesús hoy. Pero ese documento, que ha tenido excelente acogida en el mundo de la educación de la Compañía, suscitó una pregunta aún más urgente. ¿Cómo? ¿Cómo nos trasladamos desde un mero conocimiento de los principios, que orientan nuestra educación hoy, hasta el nivel práctico de aplicar esos principios a la realidad de cada día, al intercambio —interacción—, entre profesores y alumnos? Porque es precisamente ahí, en el reto y en la actividad del proceso de enseñar-aprender, donde esos principios pueden dar resultados. Este Grupo de Trabajo, en el que ustedes participan, está buscando los métodos pedagógicos prácticos que respondan a la pregunta crucial: ¿Cómo hacer realidad en el aula las Características de la Educación de la Compañía de Jesús? El Paradigma Pedagógico Ignaciano presenta unas líneas básicas para incorporar a la docencia el elemento crucial de la reflexión. Y esta reflexión ofrece a los alumnos la oportunidad de considerar el significado humano y las consecuencias que se derivan de lo que estudian.

En medio de tantas fuerzas encontradas que reclaman su tiempo y sus energías, vuestros alumnos buscan sentido a sus vidas. Saben que el holocausto nuclear es más que una pesadilla de locos. Inconscientemente al menos, experimentan el miedo a la vida en un mundo unido más por el equilibrio del terror que por los lazos del amor. Son ya muchos los jóvenes que se han visto expuestos a interpretaciones muy cínicas del hombre: un saco de instintos egoístas, que piden satisfacción instantánea; una víctima inocente de sistemas inhumanos cuyo control no está en sus manos. A causa de las crecientes presiones económicas que se registran en muchas partes del mundo, muchos alumnos de los países desarrollados están obsesionados por hacer carrera y autorrealizarse, y prescinden de un desarrollo humano más amplio. ¿Cómo no van a sentirse inseguros? Pero debajo de sus miedos, disimulados con frecuencia con actitudes de desafío, y bajo su perplejidad ante las divergentes interpretaciones sobre el hombre, está su deseo de una visión unificadora del significado de la vida y de sí mismos. En muchos países en vías de desarrollo, los jóvenes con quienes trabajáis sufren la amenaza del hambre y los terrores de la guerra. Quieren creer que la vida humana tiene valor y futuro en medio de las cenizas de la devastación, que es el único mundo que han conocido. En otros países, donde la pobreza aplasta el espíritu humano, los medios de comunicación proyectan cínicamente la buena vida en términos de opulencia y consumismo. ¿Es de extrañar que nuestros estudiantes estén confusos e inciertos respecto al sentido de la vida?

Durante los años de la enseñanza secundaria, los jóvenes, ellos y ellas, tienen libertad para escuchar y explorar (en el campo de las ideas). Todavía no se sienten inmersos en el mundo. Se preocupan por las cuestiones profundas, los «por qué» y «para qué» de la vida. Pueden soñar sueños imposibles y sentirse atraídos por intuiciones de lo que podría ser. La Compañía ha dedicado muchas personas y recursos a los alumnos de secundaria, precisamente porque pone sus miras en las fuentes de la vida, en algo más allá «de los niveles académicos más altos». Es indudable que cualquier profesor digno de ese nombre debe tener fe en sus alumnos y desea animarlos en la búsqueda de altos ideales. Esto significa que vuestra visión unificadora de la vida debe ser estimulante y atrayente para vuestros alumnos, y les impulse a dialogar sobre los temas realmente importantes. Debéis animarles a asimilar actitudes de compasión profunda y universal hacia nuestros hermanos y hermanas que sufren, y a transformarse ellos mismos en hombres y mujeres de paz y justicia, comprometidos en ser agentes de cambio en un mundo que reconoce cuán extendida está la injusticia, y qué persuasivas son las fuerzas de la opresión, el egoísmo y el consumismo.

Verdaderamente, no es ésta una tarea fácil. Como lo hicimos todos nosotros en nuestros años «pre-reflexivos», vuestros alumnos han aceptado inconscientemente valores que son incompatibles con lo que realmente conduce a la felicidad humana. Vuestros alumnos tienen más «razones» que los jóvenes de generaciones anteriores, para alejarse tristes cuando comprenden lo que significa una visión cristiana de la vida, y el cambio fundamental de perspectiva que exige el rechazo de la imagen de la vida muelle y falsamente radiante, que cultivan las revistas del corazón y las películas baratas. Están expuestos, como quizás ninguna generación anterior en la historia, a la atracción de las drogas y a la huida de la realidad dolorosa que las drogas prometen.

Estos jóvenes necesitan confianza para mirar al porvenir; necesitan fuerza para afrontar su propia debilidad; necesitan la comprensión y afecto maduros de los profesores de todas las asignaturas, con los que pueden explorar el asombroso misterio de la vida. ¿No nos recuerdan a aquel joven estudiante de la Universidad de París, de hace cuatro siglos y medio, que Íñigo se ganó y transformó en el Apóstol de las Indias?

Estos son los jóvenes que estáis llamados a moldear para hacerlos abiertos al Espíritu, prontos a aceptar la aparente derrota del amor redentor; en último término, capaces de llegar a ser líderes íntegros, dispuestos a asumir las cargas más posadas de la sociedad y ser testigos de la fe que obra la justicia.

Os insisto en que creáis que vuestros alumnos están llamados a ser líderes en su mundo. Ayudadles a reconocer que son dignos de respeto y aprecio. Libres de la esclavitud de la ideología y la inseguridad, imbuidos de una visión más completa del sentido del hombre y de la mujer. Proporcionadles los medios para que sirvan a sus hermanos y hermanas, verdaderamente concienciados y decididos a utilizar su influencia para corregir las injusticias sociales, y a que sus vidas, profesional, social y privada, estén imbuidas de valores sólidos. El ejemplo de vuestra sensibilidad y preocupación social será para ellos una fuente poderosa de inspiración.

Ese ideal apostólico, sin embargo, tiene que expresarse en programas prácticos y en métodos apropiados al mundo real de las aulas. Una de las cualidades características de San Ignacio, que se manifiesta en los Ejercicios Espirituales, en la parte cuarta de las Constituciones y en muchas de sus cartas, es su insistencia en combinar al mismo tiempo los ideales más elevados y las maneras más concretas de llevarlos a la práctica. Una intuición, sin medios prácticos apropiados, suena a ilusión estéril, pero los métodos prácticos sin visión unificadora se quedan en moda de un día o en herramientas inútiles.

Un ejemplo de esta integración de lo ignaciano en la enseñanza puede encontrarse en el Proteptico o exhortación a los profesores de los Centros de Secundaria de la Compañía de Jesús, escrito por el P. Francisco Sacchini, el segundo historiador oficial de la Compañía, pocos años después de la publicación de la Ratio en 1599. En el prefacio escribe: «Entre nosotros la educación de la juventud no se limita a impartir los rudimentos de gramática, sino que se extiende simultáneamente a la formación cristiana.» El Epítome, haciendo suya la distinción entre «instruir» y «educar» (entendida como formar el carácter), establece que los profesores deben formarse decididamente en los métodos de instruir y en el arte de educar. La tradición educativa de la Compañía ha insistido siempre en que el criterio adecuado de éxito en nuestros colegios no es simplemente el dominio de proposiciones, fórmulas, filosofías, etc. La prueba está en las obras, no en las palabras: ¿qué van a hacer nuestros alumnos con la capacitación que les dan sus estudios? Ignacio estaba interesado en que hubiera quienes hicieran mejores a otros, y para este objeto la erudición no basta. Quien desee emplear generosamente lo adquirido con sus estudios debe ser bueno y educado. Si no es lo segundo, no estará en grado de ayudar al prójimo tanto como podría; y si no es lo primero, no les ayudará, o al menos no se puede esperar que lo haga eficientemente. Esto supone que nuestra labor educativa tiene que apuntar, más allá del desarrollo cognoscitivo, al desarrollo humano, que comporta comprensión, motivación y convicción.

Directrices pedagógicas

De acuerdo con el objetivo de educar con eficiencia, San Ignacio y sus sucesores formularon directrices pedagógicas de carácter general. Mencionaré algunas:

- a) Ignacio cree que la actitud propia del hombre es de asombro a la vista del don divino de la creación, el universo, y la misma existencia humana. En su contemplación de la presencia de Dios en la creación, nos invita a encontrar, más allá del análisis lógico, una respuesta afectiva a Dios, que trabaja por nosotros en todas las cosas. Hallando a Dios en todas las cosas, descubrimos su designio de amor sobre nosotros. La imaginación, los sentimientos, la voluntad, el entendimiento, desempeñan un papel central en el enfoque ignaciano. La educación de la Compañía abarca toda la persona. Nuestros colegios deben integrar más plenamente esta dimensión, que nos ayudará a descubrir lo que somos y para qué existimos, precisamente para que nuestros alumnos logren a su vez descubrir el sentido de la vida. Nos proporcionará criterios para fijar nuestras prioridades y tomar decisiones en los momentos críticos de la vida. Escogeremos así los métodos que fomenten una rigurosa investigación, comprensión y reflexión.

- b) En esta aventura de hallar a Dios, Ignacio respeta la libertad humana. Esto descarta cualquier indicio de inductrinación o manipulación. Nuestra pedagogía debería dar a nuestros alumnos la capacidad de explorar la realidad con el corazón y la mente abiertos. Y en este esfuerzo de honradez, deberíamos alertar al educando ante la trampa que puede ocultarse en sus mismos presupuestos y prejuicios, así como en las tupidas redes de los valores al uso que pueden ocultarnos la verdad. Nuestra educación estimula por lo mismo al alumno a conocer y amar la verdad. Aspira a hacerle crítico de su sociedad tanto de manera positiva como negativa, para abrazar los valores sanos que se proponen y rechazar los falsos.

Lo que nuestras instituciones aportan a la sociedad consiste en incorporar a su proceso educativo un estudio riguroso y perspicaz de los problemas y preocupaciones cruciales del hombre. Esta es la razón por la que los colegios de la Compañía deben aspirar a una alta calidad académica. Estamos hablando aquí de algo que está muy lejos del mundo fácil y superficial de los slogans o la ideología; de las reacciones puramente emotivas y egoístas; y de las soluciones instantáneas, simplistas. La enseñanza, la investigación y todo lo que entra en el proceso educativo son extraordinariamente importantes en nuestras instituciones porque rechazan y refutan toda visión parcial o deformada de la persona humana, en claro contraste con las instituciones educativas que, por un concepto fragmentario de la especialización, dejan con frecuencia de lado, sin caer en la cuenta de ello, el interés central por la persona humana.

- c) Ignacio presenta el ideal de un desarrollo completo de la persona humana. Es típica su insistencia en el magis, el más, la mayor gloria de Dios. Así, en la educación, nos pide aspirar a algo que sobrepasa el adiestramiento y el saber que normalmente se encuentran en el buen estudiante. El magis no se refiere sólo a lo académico, sino también a la acción. Nuestra formación incluye experiencias que nos hacen explorar las dimensiones y manifestaciones del servicio cristiano como medio para desarrollar nuestro espíritu de generosidad. Nuestros colegios deberían recoger este rasgo de la visión ignaciana en programas de servicio que empujen al alumno a experimentar y poner a prueba su asimilación del magis, lo cual le llevaría también a descubrir la dialéctica de la acción y la contemplación.
- d) Pero no toda acción redundará en gloria de Dios. Por eso Ignacio nos ofrece un medio para encontrar y elegir la voluntad de Dios. El «discernimiento» desempeña una función central. Así, debemos enseñar y practicar la reflexión y el discernimiento en nuestras escuelas, colegios y universidades. Con tantos reclamos como se nos hacen en todas las direcciones, no siempre es fácil decidir con libertad. Rara vez vemos que las razones estén todas de una parte. Siempre hay un tira y afloja. Y entonces el discernimiento se hace crucial. El discernimiento exige tomar los hechos y reflexionar, separar los motivos que nos mueven, sopesar valores y prioridades, estudiar las consecuencias de nuestras decisiones para los pobres.
- e) Pero hay más. La repuesta al llamamiento de Jesús no puede encerrarnos en nosotros mismos; exige que seamos y enseñemos a nuestros alumnos a ser hombres para los demás. La cosmovisión de Ignacio está centrada en la persona de Jesús. La realidad de la Encarnación impacta la educación de la Compañía en su mismo meollo. Porque el fin último y razón de ser de los colegios es formar hombres y mujeres para los demás a imitación de Cristo Jesús —el Hijo de Dios, el Hombre para los demás por excelencia. Así es como la educación de la Compañía, fiel al principio encarnacional, es humanista. El P. Arrupe escribió:

«¿Qué es humanizar el mundo sino ponerlo al servicio de la humanidad? El egoísta no sólo no humaniza la creación material sino que deshumaniza a las mismas personas. Las transforma en cosas al dominarlas, explotarlas y apropiarse el fruto de su trabajo. Lo trágico es que, al hacerlo, el egoísta se deshumaniza a sí mismo. Se somete a las posesiones que ambiciona; se hace su esclavo, deja de ser persona con dominio de sí y se convierte en no-persona, una cosa gobernada por sus ciegos deseos y sus objetivos. »

Hoy comenzamos a comprender que la educación no humaniza o cristianiza automáticamente. Ya no creemos en la idea de que toda educación, sea cual fuere su calidad o su objetivo, pueden llevar a la virtud. Resulta cada vez más claro que, si queremos ser una fuerza moral en la sociedad, tenemos que procurar que el proceso educativo se desarrolle en un contexto moral. Esto no supone un plan de indoctrinación que sofoque la mente, ni se traduce en cursos teóricos que nos llevarían a una lejana especulación. Lo que hace falta es un marco de búsqueda que posibilite el proceso de afrontar los grandes temas y los valores complejos.

- f) En todo este esfuerzo por formar hombres y mujeres que se distingan por su competencia, integridad y compasión, Ignacio no perdió nunca de vista a la persona concreta. Sabía que Dios da a cada uno sus propios talentos. Uno de los principios generales de nuestra pedagogía se deriva directamente de aquí, «*alumnorum cura personalis*», un afecto y un cuidado personal auténtico por cada uno de nuestros alumnos.

El papel del profesor es crucial

En un centro educativo de la Compañía de Jesús la responsabilidad principal de la formación, tanto moral como intelectual, recae en definitiva no en los métodos, o en cualquier actividad reglada o extraescolar, sino en el profesor, como responsable ante Dios. Un centro de la Compañía debe ser una comunidad abierta, en la cual florezca una relación personal auténtica entre profesores y alumnos. Sin tal relación de amistad, nuestra educación perderá de hecho la mayor parte de su influjo en los alumnos. Porque la verdadera relación de confianza y amistad entre el profesor y el alumno es una condición de gran valor para fomentar el auténtico crecimiento en el compromiso con los valores.

Y así la Ratio insiste en que los profesores deben conocer a sus discípulos. Recomendaba que los estudien detenidamente y reflexionen sobre sus cualidades, defectos y las implicaciones de su conducta en clase. Al menos alguno de los profesores, observa, debería estar bien informado sobre el contexto familiar. Los profesores deben respetar en todo momento la dignidad y personalidad del discípulo. En clase, aconseja la Ratio, los profesores deberían ser pacientes y saber cómo cerrar los ojos a ciertos errores o dejar la corrección para un momento psicológico más oportuno. Deberían estar mucho más dispuestos a alabar que a culpar y, si hace falta corregir, deberían hacerlo sin resquemor. Puede contribuir mucho a esto el clima de amistad que se va creando cuando se aconseja al alumno, de forma frecuente y casual, a veces fuera de las horas de clase. Estos mismos consejos no hacen sino acentuar el concepto subyacente de la entidad del colegio como comunidad y el papel del profesor como crucial dentro de la misma.

En el Preámbulo de la Cuarta Parte de las Constituciones coloca Ignacio de forma clara el ejemplo personal del profesor, por delante de su ciencia o su oratoria, como un medio apostólico para ayudar al alumno a crecer en los valores positivos. Dentro de la comunidad escolar el profesor influirá decisivamente en el carácter del alumno, para bien o para mal, según el modelo que presente de sí mismo. En nuestros mismos días el Papa Pablo VI observa de manera llamativa en la *Evangelii Nuntiandi* que: «Los estudiantes de hoy no escuchan a los profesores sino a los testigos; y si prestan atención a los profesores es porque son testigos.»

Como profesores de los colegios de la Compañía, además de ser profesionales cualificados de la educación, debéis ser hombres y mujeres del Espíritu. Sois la ciudad edificada sobre la colina. Lo que sois se comunica más significativamente que lo que hacéis o decís. En nuestra cultura de la imagen, los jóvenes aprenden a responder a la imagen viva de los ideales que vislumbran en su corazón. Nuestras palabras sobre la entrega total, el servicio al pobre, el orden social justo, la sociedad no racista, la apertura al Espíritu, etc. pueden hacerles reflexionar. Pero el ejemplo vivo les arrastrará a desear vivir lo que significan estas palabras. Por eso, el crecimiento constante en el Espíritu de la Verdad debe conducirnos a una vida de plenitud y bondad tales que nuestro ejemplo suponga un reto para que nuestros alumnos crezcan como hombres y mujeres que se distingan por su competencia, integridad y compasión.

Métodos

Ignacio aprendió por su propia experiencia, a través de un arduo proceso educativo, que para tener éxito en los estudios no basta el entusiasmo. Es crucial la orientación que se dé al estudiante, y los métodos que se emplean. Al hojear las páginas de la Ratio, nuestra primera impresión es la de un enjambre de normas sobre horarios y distribuciones, gradación cuidadosa de las clases, selección de autores, diversidad de métodos para las diversas horas de la mañana o de la tarde, corrección y asignación de deberes, nivel exacto al que un alumno debe llegar para pasar de una clase a otra. Pero todas estas peculiaridades están ordenadas a crear un entramado de orden y claridad seguro y firme, dentro del cual tanto el profesor como el alumno puedan conseguir sus objetivos sin obstáculos. Menciono aquí únicamente algunos de los métodos típicos empleados en la educación de la Compañía.

1. Dado este ambiente de orden y atención a los métodos, será relativamente fácil determinar los objetivos académicos precisos y limitados para cada caso individual. Se estimaba que éste era el primer requisito para una buena dinámica de aprendizaje —conocer lo que se busca y cómo buscarlo—. El instrumento característico empleado aquí es la prelección, en la cual el profesor prepara con todo cuidado a sus alumnos para la actividad personal que ha de seguir. Solamente ella puede producir auténticos conocimientos y hábitos firmes.
2. Pero los objetivos de la docencia deben estar seleccionados y adaptados a los alumnos. Los primeros profesores jesuitas creían que incluso los niños pequeños podían aprender mucho, si no se les atosigaba con demasiada materia al mismo tiempo. Así la preocupación por el objetivo y el camino a seguir tenían prioridad, según las cualidades de cada profesor.
3. Y porque Ignacio conocía bien la naturaleza humana, se daba cuenta que, incluso en una experiencia de oración bien ordenada, o en la actividad académica, no se puede ayudar eficazmente a una persona a perfeccionarse, si el individuo no participa activamente. En los Ejercicios Espirituales Ignacio destaca la importancia de la actividad personal por parte del ejercitante. Ignacio conocía bien la tendencia de todos los profesores, ya enseñen gramática, historia o ciencias, a explicar con extensión sus propios puntos de vista sobre la materia de que se trate. Ignacio se daba cuenta que no hay aprendizaje sin la actividad intelectual propia del que tiene que aprender. Por ello en numerosas y diversas áreas, y en el estudio, las actividades se consideran muy importantes.
4. El principio de la actividad personal por parte del alumno viene a confirmar las instrucciones detalladas de la Ratio sobre repeticiones diarias, semanales, mensuales, anuales. En cuanto sea posible la enseñanza debería ser agradable tanto por su contenido como por las circunstancias externas. Un esfuerzo inicial para orientar a los alumnos sobre la materia que se va a tratar, atraerá su interés hacia ella.
5. Dentro de ese espíritu, los mismos estudiantes presentaban obras de teatro y escenificaciones, para estimular el estudio de la literatura, porque «Friget enim Poesis sine theatro». También se sugerían certámenes, juegos, etc., para que el deseo del adolescente por aventajarse le ayudara a progresar en el camino del saber. Estas prácticas demuestran un interés primordial por hacer interesante la enseñanza, y así atraer la atención y aplicación de los jóvenes hacia el estudio.

Todos estos principios pedagógicos están estrechamente relacionados entre sí. El aprendizaje que se pretende conseguir es un auténtico crecimiento y se concibe en términos de hábitos o cualidades permanentes. Los hábitos se generan no simplemente entendiendo hechos o procedimientos, sino por el dominio y la asimilación personal que los hace propios. El dominio es el resultado de un continuo esfuerzo y ejercicio intelectual; pero un esfuerzo provechoso de este tipo es imposible sin una motivación adecuada y un medio ambiente humano reflexivo. Ninguno de los eslabones de esta cadena es particularmente original, aunque su estrecha concatenación tuvo novedad en su día.

Consecuentemente, para ayudar a los alumnos a llegar al compromiso de la actividad apostólica, hay que ofrecerles oportunidades de considerar con espíritu crítico los valores humanos y de poner a prueba los propios valores de forma experimental. Una asimilación personal de los valores éticos y religiosos que empuja a la acción, es más importante que la habilidad de memorizar hechos y opiniones ajenas. Cada día es más patente que los hombres y mujeres del tercer milenio necesitarán sin duda nuevas habilidades tecnológicas; pero es más importante la vida, y la capacidad de criticar todos los aspectos de esa vida, antes de tomar decisiones (en el campo personal, social, moral, profesional, religioso), que dejarán profundas huellas en sus vidas y para siempre. Los criterios para llegar a esa madurez (a través del estudio, la reflexión, el análisis, juicio y desarrollo de alternativas reales), se basan inevitablemente en valores. Y esto es cierto aunque tales valores no se hayan manifestado explícitamente durante el proceso de aprendizaje. En la educación de la Compañía los valores del Evangelio, tal como se contemplan en los Ejercicios Espirituales, son las normas orientadoras de un desarrollo integral humano.

Es evidente la importancia del método y de los contenidos para lograr ese fin. Porque un objetivo educativo orientado a los valores como es el nuestro —formar hombres y mujeres para los demás— no podrá lograrse a menos que se empapen de ese objetivo todos nuestros programas docentes de cada nivel, y se ofrezca a nuestros alumnos el reto o desafío que consiste en reflexionar sobre los valores implicados en lo que estudian. Por desgracia hemos aprendido que la mera asimilación de conocimientos no humaniza. Es preciso asimilar valores. Y que no se transmitan sutilmente ciertos valores que están insertos en muchos aspectos de la vida. Por ello hay que descubrir medios que capaciten a los alumnos a adquirir hábitos de reflexión, y poder así evaluar los valores y sus consecuencias para los seres humanos. Esos valores se encuentran incrustados en las ciencias positivas y humanas, que ellos estudian, en la tecnología creciente, y en el abanico completo de los programas políticos y sociales que nos sugieren los políticos y los «profetas». Un hábito no se adquiere por actos aislados. Se desarrolla mediante una práctica constante y bien planeada. Y así el objetivo de formar hábitos de reflexión tiene que ser estudiado y programado por todos los profesores de los distintos niveles en los centros de la Compañía, en todas las materias que se imparten, y usando métodos que sean apropiados al grado de madurez de los alumnos en los diferentes niveles educativos.

Conclusión

En nuestra misión hoy, la pedagogía básica de Ignacio puede ayudarnos mucho a ganar las mentes y los corazones de las nuevas generaciones. Porque la pedagogía de Ignacio se centra en la formación de toda la persona, corazón, inteligencia y voluntad, no sólo en el entendimiento; desafía a los alumnos a discernir el sentido de lo que estudian por medio de la reflexión, en lugar de una memoria rutinaria; anima a adaptarse, y eso exige una apertura al crecimiento en todos nosotros. Exige que respetemos las capacidades de los alumnos en los diferentes niveles de su desarrollo; y que todo el proceso esté dinamizado por un ambiente escolar de consideración, respeto y confianza, donde la persona pueda enfrentarse con toda honradez a la decisión, a veces dolorosa, de ser hombre/mujer con y para los demás.

Nuestros logros no llegarán ciertamente al ideal. Pero el esfuerzo por conseguir ese ideal, la mayor gloria de Dios, es lo que ha distinguido siempre a la Compañía.

Si os sentís un poco incómodos acerca de cómo vais a presentar la pedagogía ignaciana a los profesores de los cinco continentes, sabed que no estáis solos. Sabed asimismo que a cada duda corresponde una afirmación. Las ironías de Charles Dickens no han perdido actualidad: «Era el peor de los tiempos, el mejor de los tiempos, la primavera de la esperanza, el invierno de la desesperación.» A mí personalmente me alienta mucho observar el creciente deseo que existe, y que ya está muy extendido en todas partes, de intentar lograr los fines de la educación de la Compañía. Bien entendidos, estos objetivos llevarán a la unidad, no a la fragmentación; a la fe, no al cinismo; al respeto a la vida, no a la destrucción de nuestro planeta; a unas acciones responsables basadas en juicios morales, no a la retirada cobarde ni al ataque temerario.

Sabéis sin duda que lo mejor de un colegio no es lo que se dice de él sino la vida de sus alumnos. El ideal de la educación de la Compañía propugna una vida racional, íntegra, de justicia y servicio a Dios y al prójimo. Este es el llamamiento que Cristo nos hace —llamamiento a crecer, a vivir—. ¿Quién le dará respuesta? ¿Quién sino vosotros? ¿Cuándo sino ahora?

Concluyo recordando que, cuando Cristo dejó a sus discípulos, les dijo: «Id y enseñad.» Pero vio que ellos y nosotros somos hombres, y que, bien lo sabe Dios, perdemos con frecuencia la confianza en nosotros mismos. Por eso añadió: «Recordad que no estáis solos. No vais a estar solos porque yo voy a estar con vosotros. En nuestro apostolado, en los tiempos difíciles como en los de alegría y euforia, estaré con vosotros todos los días, hasta el fin de los tiempos.» No caigamos en la trampa del pelagianismo, poniendo toda la carga sobre nuestros hombros, sin advertir que estamos en las manos de Dios, trabajando como instrumento en sus manos, en esto que es su ministerio de la Palabra.

Que Dios os bendiga en este esfuerzo de cooperación. Espero vuestros informes sobre la suerte de este Proyecto Pedagógico Ignaciano en las diversas partes del mundo. Gracias por todo lo que vais a hacer.

APÉNDICE III

EJEMPLOS DE MÉTODOS PARA AYUDAR A LOS PROFESORES EN EL USO DEL PARADIGMA PEDAGÓGICO IGNACIANO

Estos y otros intentos pedagógicos, relacionados con la Pedagogía Ignaciana se explicarán y pondrán en práctica en los programas de formación, que son parte fundamental del Proyecto de la Pedagogía Ignaciana.

El contexto del aprendizaje

1. El alumno: su disposición para el crecimiento:
 - a) La situación del alumno: Diagnóstico de los factores que afectan a la disposición del alumno para el estudio y el crecimiento: físicos, académicos, psicológicos, socio-políticos, económicos, espirituales.
 - b) Estilos de aprendizaje del alumno: cómo planificar una enseñanza eficaz.
 - c) Perfil de crecimiento del alumno: una estrategia para el crecimiento.
2. La sociedad:
 - a) Lectura de los signos de los tiempos: algunos instrumentos para el análisis socio-cultural.
3. El colegio:
 - a) El ambiente del colegio: instrumentos de valoración.
 - b) El currículum:
 - Formal/Informal
 - Contenidos y secuenciación: posibilidades interdisciplinares
 - Evaluación de valores
 - c) Educación personalizada.
 - d) Relaciones humanas entre directivos, profesores y personal auxiliar.
4. El profesor: expectativas y realidades.

La experiencia

1. La prelección:
 - a) Planificación.
 - b) Objetivos claros.
 - c) Continuidad.
 - d) Factores de interés humano.
 - e) Contexto histórico de la materia que se va a estudiar.

- f) Punto de vista/Los presupuestos de los autores del libro de texto.
- g) Un modelo de estudio.
- 2. La habilidad para preguntar.
- 3. La escasez de estímulos.
- 4. La actividad personal del alumno: los apuntes.
- 5. Solución de problemas/aprender descubriendo.
- 6. Aprendizaje cooperativo.
- 7. Procesos en el pequeño grupo.
- 8. La emulación.
- 9. La terminación de la clase.
- 10. Tutoría entre compañeros.

La reflexión

- 1. La tutoría.
- 2. Los diarios de los alumnos.
- 3. La repetición.
- 4. Estudio de casos.
- 5. Hacia el desarrollo moral: Dilemas/Debates/Role Playing.

La acción

- 1. Proyectos/Tareas: Preocupación por la calidad.
- 2. Experiencias de servicio.
- 3. Trabajos escritos. Cuestiones para estos trabajos.
- 4. Planificación y Aplicación.
- 5. La elección de carrera u ocupación.

La evaluación

- 1. Exámenes: alternativas posibles.
- 2. Autoevaluación del alumno.
- 3. Valoración del conjunto de las actividades del alumno: la carpeta del alumno.
- 4. Juntas de profesores.
- 5. Preguntas a los educadores.
- 6. Investigación del perfil del alumno.